

**DILIA BARRIOS MARCANO  
A.R.**

**ENCUENTRO CON LA MADRE MARÍA, Anécdotas y Recuerdos**  
Maracay / 1999

ISBN 980-327-498-8  
© Dilia Barrios Marcano 1999  
Hecho el Depósito de Ley  
DEPÓSITO LEGAL If 2521999801102

Diseño e impresión  
Editorial Miranda  
Villa de Cura  
Estado Aragua  
Venezuela

Portada  
Inocencio Adames Aponte

## PRESENTACIÓN

El presente libro que intento ofrecer a ustedes como “anecdotario” de la Madre María tiene sus antecedentes:

Hace aproximadamente diez años, inicié la primera acometida, solicitando el aporte espontáneo en forma escrita de todas aquellas Hermanas de la Congregación y personas más allegadas que tuvieran a bien ofrecerlo. Tal método no obtuvo un feliz resultado, por lo que el anecdotario no vio la luz, sino que dio paso a otras prioridades más directamente relacionadas con la beatificación en 1995.

A comienzos del siguiente año y animada por varias personas, renové el propósito de recopilar las anécdotas de la Madre María como diese lugar. Para el efecto, me “armé” de un modesto e inofensivo grabador y con él llevé a cabo verdaderos “atracos”, oportuna e inoportunamente, en casa y de viaje.

Las Hermanas conocidas de mayor antigüedad, ya habían fallecido. Sin embargo, gracias a Dios conservaba durante la investigación pro-beatificación desde 1978, así como también me resultaron útiles las declaraciones testimoniales del proceso diocesano en Maracay en 1983, las obtenidas de las grabaciones de la Madre María en 1966 por iniciativa de su sucesora Madre Águeda Lourdes Sánchez y las contenidas en su libro: Vida de la Madre María (1980).

El resto fue asunto de tiempo y de paciencia: revisión de cartas de la Madre, crónicas fundacionales y algunos escritos. Inicialmente me había propuesto una meta de cien anécdotas; sobrepasamos el doble. Un trabajo realmente placentero: Vivir y revivir; renovar aquella presencia y aquel trato de encantadora sencillez, a fin de darla a conocer de forma amena en su cotidianidad cargada de enseñanzas. Por algo es la primera beata de Venezuela.

El “anecdotario” es una recopilación de anécdotas. Y anécdota, según se entiende hoy, es la “relación breve de un hecho particular, histórico, curioso o humorístico, acerca de un personaje, el cual revela un rasgo característico suyo o de una época”.

Dentro del extenso campo de las opiniones, hay quien sostiene que la anécdota puede carecer de historicidad, con tal de que, habiendo circulado en vida del autor, ilumine un rasgo suyo.

En nuestro caso, son rigurosamente históricas, y he preferido emplear la primer persona en la narración de quien la vivió y la ofrece. Respeté igualmente el orden cronológico, de forma que resultara un recorrido biográfico-anecdótico de esta humilde y gran mujer.

Estimé conveniente dedicar un espacio a los nombres de las personas que gustosamente me brindaron su aporte – testimonio, no sólo en calidad de aval, sino también a modo de gratitud, ya que a ellas se debe el presente logro.

De particular significación por su antigüedad, son las anécdotas recibidas de la Hermana Mercedes de San José (Ana Matilde León), de Guacara, Estado Carabobo, quien ingresó a la Congregación en 1912 y falleció a los 105 años en 1981, y las de la Hermana San Miguel (María Concepción Mujica), quien habiendo ingresado en 1922, aún nos acompaña con su especial don de gentes y su admirable capacidad para mantenerse en clima de juventud a través de los años.

Me satisface dejarlos, queridos lectores, a la vera del camino diario de nuestra beata Madre, en contacto directo con su persona, manantial de gracia y de bondad alegre, que hoy como ayer pasa por el mundo con el nombre de María de San José, no sólo intercesora de numerosos milagros y conversiones a Dios, sino también modelo de vida en la alegría de la fe y el servicio.

**Hermana Dilia Barrios M.**

Maracay, 1998

## **PERFIL BIOGRÁFICO DE LA MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ**

El 7 de mayo de 1995, en la Plaza de San Pedro en Roma, Su Santidad Juan Pablo II declaró primera beata de Venezuela a la Madre María de San José (Laura Alvarado Cardozo), fundadora de las Hermanas Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús.

Laura Evangelista nace en Choroní, Estado Aragua, Venezuela, el 25 de abril de 1875. Hija de Clemente Alvarado y Margarita Cardozo, desde niña lleva una vida cristiana ejemplar, por lo que se le distingue con el nombre de “La Niña del Cristo”.

Residenciada en Maracay, a los 13 años de edad funda en su casa una escuela gratuita para los pobres. A los 17 años conoce al Padre Vicente López Avelado, párroco de esa ciudad, quien encauza sus ideales de consagrarse a Dios. En 1901, ambos –con otras tres jóvenes maracayeras– fundan la Congregación de las Hermanas Agustinas, al servicio de los desposeídos.

Con fama de santidad – sobre todo por su caridad, su humildad y su ardiente amor a Jesús Sacramentado – fallece a los 92 años en Maracay el 2 de abril de 1967. Abierta su causa de canonización en 1983 y aprobado el milagro el 23 de diciembre de 1993, fue exhumado su cuerpo y hallado incorrupto el 19 de enero de 1994. Este hecho atrajo multitudes de fieles, y después de ña beatificación se han multiplicado los favores, milagros y conversiones.

Actualmente se estudia en Roma el presunto milagro para la canonización, ocurrido en la diócesis de Valencia, Estado Carabobo, el mismo día de la beatificación.

Su cuerpo reposa en el Santuario Madre María en la calle López Avelado entre Bolívar y Santos Michelena, frente al edificio del Hogar Inmaculada Concepción, donde vivió, falleció y es constantemente visitada por los devotos y peregrinaciones nacionales e internacionales.

“Encomiendo a esta gloriosa hija de la Iglesia –declaró Su Santidad Juan Pablo II– la nueva evangelización de Venezuela y de todo el continente latinoamericano”. (Roma 08/05/95).



Dada la gran significación que representa el asilo Inmaculada Concepción de Maracay en la Vida de la Madre María, desde los sueños de su adolescencia, y más tarde como proyecto, realización y proyección desde el punto de vista congregacional y espiritual, en medio del que transcurrió su existencia y donde pidió ser sepultada, recogemos de su fuente original parte de la crónica de su fundación:

La Madre María, al servicio del Hospital San José de Maracay (desde 1893), albergaba en su alma la inquietud por los niños huérfanos y abandonados, en ocasiones hijos de las víctimas de las epidemias o de pacientes que fallecían en las salas del Hospital. Muy discretamente, fue dejando niños y niñas al amparo del Hospital. Cuando ya contaba nueve, insistió ante nuestro Padre López Avelado para fundar un orfelinato. Ella no narra así:

“El 24 de mayo de 1905 después de muchas angustias y desvelos, se pudo llevar a cabo la fundación del Asilo Inmaculada Concepción, la cual se hizo con nueve huerfanitos asilados en el Hospital San José de esta ciudad. Nuestro Padre lo deseaba, pero temía no pudiera sostenerse. Lo animé confiando en la Divina Providencia y al fin convino a ello, y dijo:

-“Si dura un mes y se sostiene, le aseguro su duración”-.

Cuando el Asilo cumplió un mes, la Madre muy contenta se presenta al Padre y le dice:

-Nuestro Padre: Hoy cumple el Asilo un mes y nada nos ha faltado.

-Dios que hasta hoy la ha ayudado, la seguirá protegiendo, fue la respuesta del santo sacerdote.

En sus grabaciones, nuestra Madre comenta emocionada: -¡Yo ya no veía la hora de trasladarnos al Asilo!

La fundación se efectuó en una casa propiedad de la señorita Belén León, quien se la alquiló por cuarenta bolívares, pagados por plazos. Debido al aumento de niños, habló con el señor Francisco (Pancho) Gómez, quien le donó la casona ubicada en la calle Santos Michelena, N° 14. Allí se trasladaron en 1906, donde hasta hoy funciona. No sólo “un mes”... van 93 años de existencia.

Un buen número de las anécdotas y recuerdos aquí referidos, ocurrieron en esta casa, en la que, además, según información de Don José Casanova, bailó el Libertador Simón Bolívar en 1827, y en cuya capilla contrajo segundas nupcias el general Eleazar López Contreras, posteriormente presidente de Venezuela.

En 1939 el general López Contreras entregó a la Madre María el antiguo edificio del Ministerio de Guerra y Marina, en la calle López Avelado, para extensión de su obra.

## **ANÉCDOTAS Y RECUERDOS**

El advenimiento de Laura Evangelista, fue motivo de gran regocijo para la familia, particularmente para sus padres Margarita y Clemente. Ocurrió un 25 de abril de 1875 en Choroní, Estado Aragua. Llegan los obsequios para la niña. Y entre ellos, uno de doña Ana Félix, su abuela:

-Desde que nací, me colocaron unos zarcillos de oro, regalo de mi abuela paterna, bonitos, con tres esmeraldas ¡grandes! Y así me los engarzaron y los usé hasta la edad de trece años.



Laura estaba dotada de clara inteligencia y extraordinaria memoria. Refería su madre que sólo contaba seis meses de edad cuando, llevándola en brazos, presenció una función de títeres en Choroní, y pasados los años lo comentaba como un increíble recuerdo. Más aún: recordaba que su madre le había colocado apresuradamente un vestidito y además, la piedra donde se habían subido para mejor apreciar la función. Una vez que fue de visita a su pueblo, mostró la afortunada piedra de aquel día. ¡Y habían transcurridos bastantes años!



Su madrina de Confirmación es doña Mercedes Márquez, esposa del nombrado caudillo Alejandro Padrón, a quien también llamaba padrino. Un día que éste va de viaje a Maracay, le pregunta:

-Laurita ¿qué quieres que te traiga?

-Casabe pa' mí y aceite pa' Papá Dio.

Es de suponer que observaba cuando encendía lamparitas de aceite a Dios o a los santo, como un gesto de piedad cristiana.

"Desde los dos años -escribe- recuerdo toda mi vida"



Laura está de tres años cuando su familia se traslada a Turmero, a casa de la familia paterna, oriunda de esa ciudad. En poco tiempo, aprende a rezar el rosario y acompaña a la abuela en este piadoso ejercicio. Igualmente aprende a leer. Un día el tío Ramón sorprendido ante tan rápidos progresos, le dice cambiándole el libro:

-¿Será verdad que sabes leer? Dame tu libro Mandevil y lee aquí en este de Urbanidad...

Pues Laurita, muy ufana, leyó correctamente, con el consiguiente aplauso de su tío.



En casa de Ana Félix, el tío Ramón se encuentra enfermo. Margarita, muy sociable y servicial, decide ir por la noche a visitar a la familia Alvarado. Total, son sólo 200 metros de distancia. Duerme a los pequeños y se va.

Laura, de sólo cuatro años, al verse sola, ni corta ni perezosa se levanta, abriga a sus dos hermanitos menores proveyéndose de una vela y una caja de fósforos -no existía alumbrado eléctrico- se presenta en casa de su abuela ante la sorpresa de las dos matronas:

-¡Laura, por Dios! ¿cómo has hecho esto? ¿no te dio miedo?

-¡No! -responde la niña tranquilamente- yo primero me asomé a ver si estaba la Sayona (especie de fantasma nocturno), y como no la vi, salí.



Desde sus primeros años da muestra de infantil vanidad:

-Cuando me peinaban de crespos, ¡ay, ay, ay! iba tres veces al espejo, me volteaba, me veía...

En cierta oportunidad, doña Ana Félix desea tomar una fotografía a su nieta, que se siente linda con su cabeza llena de crespos. De repente a la tía Mercedes se le ocurre la feliz idea de colocarle una flor en su cabecita. Esto desagradó a Laura y se resiste. Su madre la insta a obedecer... y aquella fotografía reveló la imagen de una niña disgustada cubriéndose el rostro con ambas manos.



Don Clemente fue militar, comerciante y carpintero, según las circunstancias de la época. En la carpintería, los recortes de madera, eran utilizados por su hija para fabricar pequeños altares, ante los que se arrodillaba a "orar" con la cabeza cubierta.

-¿A quién habrá salido esta niña tan "misera?" preguntaba don Clemente con gesto desabrido.

Entonces Laurita, resolvió irse al solar con sus piadosos juegos, y Leocadia, la doméstica, corría a avisarle cuando regresaba su papá.



Don Clemente abre un modesto establecimiento comercial en Maracay. Le complace subir a Laura en el mostrador y hacerla cantar y bailar:



-Morena, morena, tus ojos me matan a mí, y yo sin tus ojos morena, no puedo vivir...

Laura intentaba repetir:

-Molona, molona, tuchojos me matan a mí, y yo sin tuschojos no pelo viví.  
A veces le hacía bailar una vals ayudada de su sillita.



Miembro de una familia de tradición musical en Turmero, don Clemente inscribe a su hija en clases de piano. La profesora, un poco severa, acostumbrada a corregir los errores de sus alumnas propinándoles golpes en las manos con el abanico cerrado, por lo que Laura desistió de tal aprendizaje.

-Apenas aprendí a tocar "La Perica" (Canto popular muy movido), comentaba.

Don Clemente, un tanto desilusionado, solía quejarse de que su niña no gozaba de dotes musicales.



De profunda sensibilidad ante el dolor propio y ajeno, desde niña lo manifestaba renunciando a tomar alimento alguno. Al ver a Panchita, su hermana menor, muerta en los brazos de su acongojada madre, Laura le dice muy triste:

-Ya sabes, mamá... no comeré nada, ni hoy, ni mañana.  
¡Y lo cumplía!



Un buen día, una curiosa dame ventanera, al ver pasar a Laura, le pregunta.

-Niña, ¿De quién eres tú?

-De mi papá y de mi mamá, respondió súbitamente la niña.



En otra oportunidad, a Laurita le provocó alcanzar unos frutos de piñón para comer, con la suerte de que, al mover el árbol tocó un avispero y le picaron las avispas. Ante tan desesperados gritos, acudió en su auxilio, doña Rosalía Collazo de Blanco, quien le advirtió que aquél fruto era veneno.

¡Gracias a Dios no logró alcanzarlos!



Sus colores preferidos serán siempre el blanco y el azul celeste. En una ocasión que contemplaba el firmamento con profusión de nubecitas blancas, exclamó:

-¡Cómo me gustaría vestirme de cielo!

Al poco tiempo su madre le confeccionaba un traje celeste con adornos de encaje blanco.



Una noche, su padre la invita al cine. Laura estaba afónica, pero no hizo alusión a ello, pues quería ir con Plácida, su prima y amiguita, a quien debían buscar en casa. Ya en ésta, la tía Mercedes, madre de Plácida, advierte a Don Clemente que es una imprudencia, ya que el frío de la noche podía ocasionar a Laura una bronquitis. Total, el cine para otra oportunidad, y... regreso a casita. -¡Qué disgusto me causó esto! comentaba.



Me encanta todo lo CELESTE -escribiré la Madre María- Por eso un cometa me trastorna... Recuerdo uno que vi cuando tenía cuatro años y medio, que ocupaba todo el centro del firmamento y con una cabellera que parecía de fuego.

Durante su vida esta admiración se ponía de manifiesto, permaneciendo en vigilia a veces hasta las dos de la madrugada, a fin de observar cualquier fenómeno astral anunciado.



Laurita, de seis años, ya ha aprendido el catecismo. ¡Desea tanto efectuar su Primera Comunión! Sin embargo debe esperar hasta los 13 años, según las normas de la época. Pero ¿qué o quién le impide confesarse?

En Turmero se celebran las fiestas patronales en honor a la Virgen de la Candelaria. Los fieles, entre ellos la tía Mercedes, acuden a confesarse, y Laurita deslizándose silenciosamente, recibe por primera vez el sacramento de la confesión. Así de fácil.



No había cumplido siete años de edad, cuando se ocupaba de lavar unos pañuelos en la acequia que pasaba por el solar de la casa. De repente, se presenta su padre, y con rostro adusto, le pregunta:

-¿Qué tiene Ud. en las manos?  
-¡Nada, papá, respondió ella abriendo las manos.  
-¡Ah! exclamó su padre, creía que tenía un cigarrillo encendido.  
Se trataba sólo de su sortijita de diamantes, que con la luz solar resplandecían.



Margarita, pese a su carácter enérgico, en ocasiones impulsivo, es una mujer que se desvive sirviendo, ayudando, hasta se dedica a cuidar enfermos. Laura ha ido aprendiendo a su lado, de tal manera que a los nueve años ya solicitan a la "Niña Laurita" porque tiene especial don de unción y convicción.

En una oportunidad la llaman para auxiliar un enfermo que se resiste a recibir los sacramentos. Presente la niña, el hombre sin saber qué decir, alega que su barba está sin rasurar, no está decente.

-¿No es más que esto?, argumenta Laura

Diligente busca los instrumentos necesarios, rasura aquella barba, y... he aquí al hombre dispuesto a confesarse.



Clemencia y Octaviano, sus hermanos, se burlaban de ella por su tenor de vida distinto de otras niñas, y por ende, le molestaban.

En una ocasión, suplica a su hermano:

-Octaviano, acompáñame a la misa de aguinaldos (que era de madrugada: tradición decembrina).

-Está bien, responde su hermano, si me traes a la cama una taza de café.

Laura, entusiasmada, corre a la cocina, prepara el sabroso café caliente y lo lleva a su hermano, quien luego de beberlo, se envuelve de nuevo en su sábana, dejándola frustrada y triste.



Octaviano y Laura se encuentran bajo un árbol de apetitosos mangos. Es tiempo de cosecha y se aprestan a recogerlos, pero antes Octaviano advierte a Laura:

-Yo subo a tumbarlos y tú los vas recogiendo en la cesta; eso sí, no te adelantes a probarlos hasta que yo baje para contarlos.

Laura obedece fielmente, pero observando que la cesta está ya rebosante, pregunta:

-¿Puedo tomar uno, Octaviano?

-No, espera que yo baje.

Cuando el niño baja, sale corriendo cesta en mano, sin dejarle probar ni uno.

A pesar de que este hecho se repitió "jamás -decía la Madre- se me ocurrió acusarlo con mis padres pues lo quería muchísimo y era incapaz de vengarme".



En casa de una vecina preparaban las arepas (pan de maíz) para la familia, Laura era la encargada de ir a buscarlas. Pero resulta que el niño de la casa se estaba entusiasmando con Laurita y le dio por llamarla "mi novia", motivo por el cual Laura renunció a su oficio de buscar cada día las arepas:

-¡Ay, Dios mío! ¡cuánto me chocaba esto!



Próxima la fecha de su primera comunión, al pasar frente a una casa en ruinas, oyó claramente una voz que le dijo:

-Donde está tu tesoro, allí está tu corazón.

Ella sin pensarlo dos veces, vivazmente respondió:

-En la Eucaristía está mi tesoro y allí está mi corazón.



El 16 de Julio de 1888, festividad de la Virgen del Carmen. A sus 13 años Laura vivió una mística experiencia que la marcará para toda su vida. Se encontraba en el templo de Maracay, ante el altar del santísimo y del Crucificado sumida en oración. "Día de grandes recuerdos -escribe- porque en ese día me inspiró el dulce Jesús del tabernáculo preguntarle: -¿Y no puedo yo unirme a ti como las demás mujeres a los hombres? Y aquel SI que sentí en el fondo de mi alma, no me dio -entonces- pleno conocimiento de lo que hice este gran día".

---

**Nota de la Hna. Gracelia Molina, arcj quien transcribe este libro:** *En la oficina de nuestra M. María se encuentra un libro "ENCUENTRO" Que está corregido por la Hna. Dilia, y hace cambios de fecha en el párrafo anteriormente escrito, señalando que fue a la edad de 17 años cuando se Consagra a Dios, el día de la Virgen del Carmen (16 de julio) en el año 1892.*

*Como estas anécdotas se presentan en orden cronológico ella anota de debe pasarse a la página 31 de aquel libro.*

*Transcribo aquí nuevamente el texto con sus correcciones:*

El 16 de Julio de 1892, festividad de la Virgen del Carmen. A sus 17 años Laura vivió una mística experiencia que la marcará para toda su vida. Se encontraba en el templo de Maracay, ante el altar del santísimo y del Crucificado sumida en oración. "Día de grandes recuerdos -escribe- porque en ese día me inspiró el dulce Jesús del tabernáculo preguntarle: -¿Y no puedo yo unirme a ti como las demás mujeres a los hombres? Y aquel Si que sentí en el fondo de mi alma, no me dio -entonces- pleno conocimiento de lo que hice este gran día".



A los 5 meses, el 8 de diciembre del mismo año, hace su primera comunión en aquella iglesia, y ya bien instruida por el párroco, pronuncia en privado un voto de consagración a Dios <sup>2</sup>que llenó mi alma de alegría indecible". "Desde entonces, me quité unos zarcillos que tenía desde que nací, regalo de mi abuela paterna, bonitos, con tres esmeraldas; grandes y así me los colocaron desde chiquita y los usé hasta esa edad" El guardapelo, sus pulseritas, sus amados crespos, su sortijita de siete diamantes, todo "lo ofrecí al pie de la Eucaristía, ante su altar". Me gustaban mucho las pulseras... "Desde entonces comenzó a observar los tres votos de pobreza, castidad y obediencia y bajó la mirada en actitud de modestia. Esta fecha significó su matrimonio con Jesús.

---

**Nota de la Hna. Gracelia Molina, arcj quien transcribe este libro:** *Al haber hecho corrección de la fecha de su consagración a Dios a los 17 años de edad y no a los 13, se sucede por lógica el siguiente cambio de redacción del párrafo anteriormente escrito. Corrección que hace la Hna. Dilia Barrios, en un ejemplar del libro ENCUENTRO, archivado en la oficina Madre María.*

*Transcribo aquí nuevamente el texto con sus correcciones:*

El 8 de diciembre de 1888, hace su primera comunión en aquella iglesia. "Desde entonces, me quité unos zarcillos que tenía desde que nací, regalo de mi abuela paterna, bonitos, con tres esmeraldas; grandes y así me los colocaron desde chiquita y los usé hasta esa edad" El guardapelo, sus pulseritas, sus amados crespos, su sortijita de siete diamantes, todo "lo ofrecí al pie de la Eucaristía, ante su altar". Me gustaban mucho las pulseras... Esta fecha significó su matrimonio con Jesús.



En medio de una familia común y corriente, ¿cómo guarda Laura la pobreza y la obediencia prometida? -Usaba lo que mi mamá me indicaba y comía lo que me servían. No hice nunca mi voluntad, sino lo que me mandaban. -Mientras Dios no pidiera algo distinto, por supuesto.



Es gusto de Don Clemente escuchar por las noches la lectura de la prensa de labios de su hija, quien para ello lo espera a veces rendida por el sueño. En una de esas ocasiones aprovecha para invitarla a una corrida de toros. Laura obedece, pero será la primera y última vez, porque para ella representó tal suplicio, que durante toda la faena no hizo sino cubrirse el rostro con el abanico. Su fina sensibilidad, rechazó este espectáculo.



Tal sensibilidad y el amor a los niños, la llevó a encariñarse con la hija de la doméstica, quien decidió dejarla a su cuidado; pero al retirarse del trabajo en aquella casa, reclamó a su hija. Laura, acongojada le pregunta:

-¿Y se la lleva?

-¡Claro! ¿no es mi hija?

Laura rompió a llorar inconsolablemente, sin que dieran resultados las amonestaciones de doña Margarita.

-Entonces, mi mamá me castigó: dos sufrimientos a la vez...



Como alimentaba el propósito de no casarse, proyectaba en su imaginación la idea de un futuro consagrado a la niñez, en esta forma:

-Cuando sea mayor, si me unen a un señor, yo le cuidaré los niños -que según ella, los traería el jefe, no sabemos de dónde, para que los cuide. -A él lo atenderé con gran respeto y delicadeza. Sin sostener con él mayor conversación, lo saludaré y le avisaré que la comida está lista. Mientras tanto, yo continuaré atendiendo a los niños.



En una oportunidad soñó que se encontraba en una casa muy grande, poblada de niños que la llamaban "Mamaíta", y a quienes estaba dedicada. Vislumbraba su querido Hogar Inmaculada Concepción, donde llegó a albergar más de cien niños huérfanos, que, ciertamente la llamaban "Mamaíta" y a quienes cuidó con verdadero amor de madre.



A los trece años cuando aún no ha concluido sus estudios, funda en su casa una escuelita para niños pobres, a los que también enseña el catecismo. Sus maestras, las Blanco, y Belén Pelgrón, a quien ella nombra como su "madre espiritual", la van ayudando a crecer en la vida de fe. Los primeros viernes de mes, Laura los dedicaba al retiro, a la oración. Pese a sus advertencias, su hermana Clemencia en tono de broma y por molestarla, cuando acudían niños ese día, decía en alta voz para que Laura oyera desde su retiro:

-Laura no los va a atender hoy porque está brava (enfadada).

Sin embargo, nada la hará desistir de su recogimiento; aunque le preocupaba la actuación de Clemencia, proseguía en su retiro, para ella tan apreciado.



Introvertida como era y con necesidad de expansionarse, solía refugiarse a la sombra de un catiguire en el solar de su casa, y allí derramar sus cuitas.

Interrogada al respecto respondió:

-Es que allí siento a Dios presente.



En una de las ocasiones en que Don Clemente debe tomar parte en la revolución nacional, encomienda en silencio a Laura un paquete de morocotas (monedas de oro). Son épocas de violencias, saqueos e inseguridad. Laura no encuentra mejor solución para responder a la confianza de su padre, que esconderla bajo un ladrillo de su propia habitación. Ninguna otra persona se enteró del asunto hasta el feliz regreso de su padre.



Para el día de sus 15 años, Laura por obediencia a sus padres, luce un hermoso traje color rosa. Fiesta de familia, baile, brindis. Más la señorita Laura no participa, sino que a hurtadillas, de vez en cuando atisba desde su habitación.



Estudió "desde los 5 hasta los 17 años que fue mi último examen". Era el año 1892. A Laura, excelente ayuda, le fue encomendado el discurso de clausura en la plaza de Maracay. Para esa oportunidad "me hicieron un vestido azul, ¡bello,! ¡bello, era!, de lana bordado en seda blanca; pero con las mangas cortas y anchas. Era como un chupín, se llamaba así. Al regresar del colegio pedí permiso a mamá para regalarlo

a Rosarito, una amiga. ¡Laura! Ese traje es costoso... -No lo volveré a usar mamá. - Entonces aceptó"



“La Niña del Cristo” identificaban a Laura por llevar pendiente del cuello, un crucifijo. Daba gusto verla orando en la Iglesia con su largo cabello cubierto por una andaluza, y acompañada de un libro de oraciones y su rosario, siempre recogida y escondiendo discretamente sus ojos, que eran muy bellos. En una oportunidad, su celoso padre, desde un secreto lugar, trató de observar y oír los comentarios de su hija, y todos fueron elogios. Satisfacciones para el padre.



Hilario Cabrera Díaz, preparado por Laura para la primera comunión, posteriormente fue monaguillo del padre López Aveledo y sacerdote, guiado y ayudado por éste. Desde entonces, estuvo estrechamente vinculado a la Congregación. -“El nombre de María me lo había dado el padre Cabrera cuando era diácono. Me quitó el nombre de Laura y todo el mundo me llamó María. Nuestro Padre también me llamó María”.



"Mi papá no estaba de acuerdo en que yo asistiera a misa sino los domingos y días de fiesta. Sin embargo, yo me levantaba todos los días a las 5:00a.m. para ir a misa. A veces mi papá aún en cama me preguntaba:

-Hija va a dar un paseíto?

-Sí papá

Y para no mentir, recorría a título de paseo, una calle completa"



“Mi pariente Carmelita asistía también a misa diaria y comulgaba a mi lado. Yo pedí al Señor la gracia de que mi papá no me viera. Y así sucedía. En una oportunidad en conversación con el hermano de Carmelita, le dije:

-Pariente Carmelo, yo le digo a mi hija que no venga todos los días a misa y no viene... ¿no puede hacer Ud. lo mismo con Carmelita?

Y mi pariente Carmelo, que me veía junto a su hermana le respondía:

-Pariente, es que Carmelita no me hace caso.

Después, él comentaba este hecho conmigo.



De regreso, yo entraba por el solar de la casa, tranquila”



“Un día me estaba confesando. Después de la absolución, nuestro Padre López Aveledo, me advierte con cautela:

-Su papá está detrás... ahí mismo, detrás de Ud.

Salí derechita, sin voltearme a ningún lado, me arrodillé largo rato ante el altar de nuestro Señor y, cuando calculé que se había retirado, me levanté y salí. Estaba en la plaza con los amigos y no me vio”.



A la edad de 17 años, Laura colabora en la parroquia regida por el Padre López y luego en las tareas del hospital San José, fundado por el mismo párroco.

La ecónoma, doña Antonia, la hacía sufrir mucho, hasta el punto de ocasionarle fuertes asfixias, que casi la llevaron a la muerte. Laura soportaba todo en silencio, hasta un día que doña Antonia, a título de pesada broma, le dice:

-¡Ajá!, Laurita He sabido que usted tiene "alguito" por ahí...

Fue tal el disgusto, que ocasionó fuerte asfixia a Laura quien lo reveló a su madre. ¡Más vale que no! Al siguiente día, al amanecer, doña Antonia experimentó lo que significa el fuerte carácter de doña Margarita, quien se presentó a arreglar las cosas, con una vara en la mano, por si hiciera falta:

-¡Ay, que brava es su mamá, Laurita! -Se quejó la señora- ¿para qué le refirió lo que le dije?



Después de amortajar a los difuntos, doña Antonia instaba a los jóvenes a comer sin lavarse las manos, tal vez para acostumbrarlas al oficio (ella había servido en el Hospital Vargas de Caracas). Las compañeras de Laura se lavaban a escondidas y la animaban a hacerlo. Sin embargo, ella se las arreglaba para no desobedecer: tomaba el pan por un extremo y éste lo dejaba en el plato.



Es un Miércoles de Ceniza (Semana Santa). Laura no asiste a la Iglesia porque le corresponde la guardia en la atención de los enfermos. El párroco delega a misia

Antonia para celebrar el rito de la ceniza en el Hospital. Al llegar, doña Antonia ordena a Laura arrodillarse, le pregunta sorprendida:

-Pero... ¿usted?

Al regresar el Padre López Aveledo, la acusa exagerando la actitud. La joven se indigna:

-¡Mentirosa!

-Laura, venga acá, escuche: Si Ud. muriera en este instante, ¿a dónde iría? Le pregunta el padre tratando de hacerla reflexionar.

-¡Al cielo! Respondió Laura con firmeza. Era inocente.



Desde muy joven sufrió fuertes tentaciones. El 17 de diciembre de 1889, a las 2 de la madrugada, Laura padeció una lucha espiritual extraordinaria en la que invocó -según su escrito- a todos los santos de su devoción. Entonces oyó una voz muy clara que le dijo: -Te basta mi gracia. Y concilió el sueño.



El mismo día, 17 de diciembre de 1899, deja constancia del "sacrificio" ofrecido por la salvación eterna de su padre. Laura, de 24 años, ya es administradora y directora del Hospital. Transcurridos doce días de este episodio, y encontrándose en el Hospital lavando las úlceras de los enfermos, recibe la noticia de que su padre ha muerto repentinamente de una "congestión cerebral" mientras se bañaba. No puede creerlo. Corre a los pies de la Virgen de las Mercedes, donde permanece clavada de rodillas durante unas tres horas. "No me levantaré de aquí -oraba a la Virgen- hasta que me alcances la gracia de que mi papá reaccione y pueda morir cristianamente". Ratifica su promesa de ayuno absoluto y perpetuo.

Don Clemente reacciona, recobra el conocimiento y, en plena lucidez y aceptación, recibe todos los sacramentos. Laura va a su lado y permanece allí hasta las 3 de la tarde, hora en que el querido enfermo, fallece.



Era un primer viernes de mes (devoción consagrada al corazón de Jesús). Laura envió a la fiel Ulpiana, compañera de labores, a recibir la comunión en la Iglesia; ella iría más tarde. Al revisar los salones observa que una de las enfermas está en agonía. Se acerca a ella y le ora hasta que fallece. Dado que Jesusita -así se llamaba- era paralítica y Laura de pequeña estatura, no encontraba manera de amortajarla; entonces en uno de esos arranques suyos, tomando a la muerta por ambas manos, le habló enérgicamente:

-¡Ah no, Jesusita! Yo así no puedo, ¡síéntese!

Y la muerta permaneció sentada hasta que Laura culminó su tarea.



El Padre Vicente López Aveledo fue el inspirador y asesor de nuestra Congregación desde 1901, en Maracay. De allí salen a otras fundaciones. En 1909 las Hermanas son llamadas a Coro, Estado Falcón. Es su primera obra en esa ciudad. Viajan en la goleta "Virginia". Pernoctan en el puerto de Tucacas y deben esperar allí un día mientras arreglan la embarcación. El mar daba demostraciones de que se avecina un fuerte borrasca. El Padre López al ver el peligro que corren le pregunta:

-Madre María, ¿no ve cómo está el mar de picado? ¿no le da miedo viajar así?

-No; no me da miedo, porque la Providencia divina nos acompaña.



Sin embargo, la Madre no continuará el viaje: Se le presentó grave trastorno estomacal, al ser obligada por la dueña de la posada a ingerir algún alimento, dado que des hacía 10 años venía practicando ayuno absoluto, según la promesa ofrecida por la salvación de su padre. La acompañó de regreso la Hermana San Vicente.

Sin duda, fue a partir de este hecho cuando el Padre López le ordena por obediencia mitigar tal ayuno, ya que lo había cumplido desde 1899.



Durante las guerrillas que se suceden en el país, la Madre María y sus religiosas al amanecer, salen al campamento a asistir heridos. Encuentran a los soldados preparando armas, limpiando fusiles, pero "a mí no me daba miedo" comentará más tarde la Madre.

-¡Figúrese! Un día que no había sitio para nosotros en el tren, con gusto nos acomodamos en el tróley. ¡Lo importante era ir!



En 1910, ¡a Calabozo, Estado Guárico!, región de los Llanos. Durante varios días, por aquellas desiertas y polvorientas carreteras van rodando cuatro carros de mula con un grupo de agustinas y la Madre María al frente. Han sido llamadas para atender el Hospital Mercedes, por solicitud del conocido general David Gimón, presidente de aquel Estado. La Madre María, telegráficamente notifica la salida al general, no así a Monseñor Sendrea, la autoridad eclesiástica, quien "al enterarse de que ya íbamos llegando al Rastro, se mostró muy disgustado, y al llegar al Palacio episcopal, dijo a Don David y a las Hermanas:

-Por cuanto no se avisó al Prelado, quien tenía dispuesta una gran recepción, permanecerán en Palacio hasta que disponga. -Santa palabra”.

Lamentándolo, porque la Madre fundadora no quería tal recibimiento, se vieron forzadas a permanecer ocho días en Palacio con las atenciones del caso. La recepción fue solemnísima, con entusiasta participación del pueblo, asociaciones, escuelas, y para colmo “el buen Deán, presbítero Dr. Andrés Pérez, quien iba bajo palio, ordenó a la superiora colocarse junto a él. ¡Bendito sea el Señor! ¡Qué humillación!”.

De esta manera entró la Madre María a Calabozo ¡bajo palio!



El asilo de huérfanos Inmaculada Concepción fue fundado por la Madre María en una casa alquilada por cuarenta bolívares, propiedad de la señorita Belén León, y luego ante el aumento de los niños, fue trasladado a la casa donada por el señor Francisco (“Pancho”) Gómez, ubicada en la calle Santos Michelena (1906).

En 1913, cuando se instaló la Divina Eucaristía en esta casa, que prestaba funciones de Casa Madre, noviciado y asilo de huérfanos, ocurrió algo inesperado:

La capilla estaba plena. Durante la misa, en el momento de la elevación, la Madre María en voz alta exclamó:

-¡Jesús en mi casa!

Las novicias que nos encontrábamos junto a ella, la vimos muy pálida y como si fuera a desplomarse. En medio de la consternación general, así permaneció alrededor de una hora. Su médico que se hallaba presente en la misa, la atendió; pero nosotras jamás llegamos a preguntar qué le había ocurrido.

Conocíamos su gran amor a Jesús Sacramentado y cuánto le había costado obtener la requerida autorización para instalar en su casa la Divina Eucaristía.



Acostumbraba a dejar notas escritas con alguna observación. Después de una fuerte reacción de carácter de una Hermana, le dejó escrito:

-En esa actitud suya, hoy la vi retratada de cuerpo entero. Sin humildad no hay cielo.



“En estos años -los primeros del asilo de huérfanos- nos prestó su gran ayuda el señor don David Gimón. Su primera dádiva fue tirada por la ventana. ¡Qué gran alegría al entrar en la pieza y encontrar 10 fuertes (monedas de 5 bolívares)

esparcidos por el suelo! Luego el 24 de mayo, día de María Auxiliadora, patrona de la huerfanitas, estábamos sin nada para la comida, y llamó un señor a la puerta y entregó al suma de 85 bolívares... era el buen Don David Gimón”.

El General Gimón, guariqueño, fue eminente político y militar, que ocupó varias Presidencias de Estado durante el gobierno del general Gómez. Tanto él como su esposa doña Carmen Itriago, fueron grandes benefactores de la Madre María.



“En 1915 tuvimos una gran necesidad y una buena señora nos hizo llegar hasta el general Gómez, y fueron suyas estas palabras: –No se angustien, ¿cómo es posible que estando yo aquí, ustedes perezcan y pasen un nochebuena triste? Yo soy su padre y no pueden sufrir esto –y nos entregó la cantidad de 200 bolívares que era la cusa de nuestra gran tribulación. Desde entonces nos ayudó más en todo”.

El general J. V. Gómez (1857-1935), presidente de la República, para entonces residía en la ciudad de Maracay, hasta el momento de su muerte en 1935.



La familia del general Gómez era vecina del asilo y –según las notas escritas de nuestra Madre María– las damas fueron grandes benefactoras de su obra. En una oportunidad, forzada por el apremio económico, la Madre pidió prestada al general Gómez la suma de 100 bolívares (elevada cantidad para la época). Delicada como era en cancelar pronto sus deudas, luego de una recolección de sus religiosas, envió la suma al general, quien la recibió. El gesto causó extrañeza entre algunas personas más allegadas. El Padre Hilario Cabrera, párroco de Maracay y amigo del general, dijo: – Madre María ¿sabe la confidencia que me hizo el general?: Lo recibo para guardarlo de “pitador” (especie de suerte).



Un día, el Padre Ángel Latorre, agustino recoleto, gran amigo y confidente de la Madre María le dijo al padre Cabrera:

–Cabrera, Cabrera, pídele a Dios morir antes que la Madre María, porque ella es el pararrayos de Maracay.

Parece que el padre Cabrera comentó esta expresión con el general Gómez y repetida por éste alguna vez, se creyó que era suya. Lo cierto es que circuló en ese tiempo.



En Coro, Estado Falcón, funcionaron cinco instituciones benéficas de las agustinas recoletas. De allí ingresó un grupo de notables vocaciones para la Congregación, entre ellas la Hermana María Luisa (Rita Smith), quien durante largos años ejerció funciones de Delegada de nuestra fundadora, con la consiguiente autoridad sobre aquellas obras.

En 1916 una jovencita de nombre Eleiza Hidalgo, está decidida a ingresar como religiosa en la Congregación. La superiora de la casa respectiva, antes de llevarla a Maracay, le imparte todas las recomendaciones, cómo debe comportarse, el trato a la Madre fundadora, modales. Salen de viaje hacia Maracay, superiora y aspirante. Al pasar por La Vela de Coro, Eleiza siente la tentación de regresarse; pero reacciona con un refrán de su gente: "Chivo que se devuelve, se desnucá" Y continuaron. Al llegar a la meta, ante la presencia de la Madre, olvidando todas las recomendaciones, lo primero que se le ocurre a Eleiza es sentarse sobre las piernas de la Madre María.

Ya anciana, Eleiza que en religión llevó el nombre de Casta María, al recordar este episodio de su ingreso repetía:

-Y nuestra Madre, "risa, que se moría..."

Fue la Hermana casta, quien desde esa fecha se ofreció para atender personalmente a nuestra Madre, particularmente en la alimentación, servicio que realizaba a cabalidad hasta el fallecimiento de nuestra fundadora en 1967.



La Señora Carmen Labella, quien afirma haber nacido en 1909, nos refiere que la Madre María enseñó las primeras letras a su madre, doña Ana Ríos de García, hija del general Isidoro Wideman. La Madre María solicitaba a Carmen para las actuaciones: Contaba la niña sólo 8 años cuando le enseñó y ensayó la siguiente canción con aire flamenco:

Cuando yo en mi molino,  
suelto la rueda,  
no hay fuerza que a sus aspas  
pararlas pues, pararlas pueda.  
Es mi molino  
símbolo de la rueda  
de mi destino  
que va moliendo,  
harina dando,  
que va cayendo,  
montón formando,  
que va creciendo;  
mientras que en saco blando  
yo voy guardando,  
me voy durmiendo...

Fofo focá, fofo focá.



Mariíta Rojas era ahijada y de las primeras niñas protegidas de nuestra Madre María en el Hospital San José. Mariíta enseñó a su hija Ana Isabel una canción recibida de labios de nuestra Madre y lleva por título:

“El arcángel envuelto en sombrar” (una niña ciega y su hermana que tocaba el laúd).

Era un arcángel envuelto en sombras,  
vagaba errante por la extensión;  
llenaba el alma de luz divina  
y de ilusiones el corazón.  
Cuando en momentos yo la arrullaba  
con los acordes de mi laúd,  
miraba al cielo y me preguntaba:  
Dime, ángel mío, ¿Cómo es la luz?  
Era una tarde cuando ella enferma,  
sobre su pecho la blanca cruz,  
cerró los ojos para morir  
y muy quedo dijo: ¡Ya veo la luz!



En una oportunidad cuando regresaba de un largo viaje, observó que el padre fundador no la había recibido con la acostumbrada alegría. Al enterarse de que el motivo era el retiro de una religiosa, aunque lo lamentó, dijo con gracia: –¡Viva la parranda! Otra estará llamando a la puerta muy pronto.



Se sabe que gozaba de algunos dones extraordinarios. Refería la Hermana Inés, de las más antiguas, que un día salió un grupo de Hermanas de paseo con nuestro fundador, y junto a una corriente de agua, le formularon ciertos planteamientos de nuestra Madre María. Una de las Hermanas que no quiso intervenir en la conversación, prefirió entretenerse dejando deslizar una pajita en el agua. Al regresar de la excursión, nuestra Madre la llamó y confidencialmente le contó que había presenciado y escuchado todo desde su oficina del asilo en Maracay. Y ¿qué hacía usted?, le preguntó, ¿jugaba con el agua? La Hermana no salía de su perplejidad.



El 13 de noviembre de 1915 escribe a una autoridad eclesiástica (Delegado de Roma) "yo no me explico por qué un sacerdote dice que no tenemos ningún mérito aunque hagamos muchos sacrificios porque no está aprobada nuestra Congregación. Dios nuestro Señor ha prometido no dejar sin recompensa ni un vaso de agua dado en su nombre, ¿cómo va a ver con indiferencia nuestros servicios? En fin, no servimos a Dios por temor al infierno, ni por la esperanza del cielo, sólo porque queremos consagrarnos a su servicio. Él hará lo demás... Y en fin, Excelentísimo Señor Delegado, si nuestra pobre Congregación no puede ser aprobada ni aún diocesana, seguiremos trabajando en el servicio de Dios toda nuestra vida".



La Hermana María de Lourdes De Lima, cuyo ingreso se registra en 1916, contaba a las niñas del asilo en Maracay que en una oportunidad fue a llevarle café a nuestra Madre. Ella tomó la taza y al llevársela a los labios, quedó como extática. La hermana asustada, la llamaba. Al volver en sí, le dijo: -Vi un convento con muchas religiosas que paseaban por el claustro. Años después la madre comentaba este hecho con extrañeza, pues no comprendía lo sucedido. En otras oportunidades preguntaba: -¿No sienten un fuerte olor a rosas? ¡Qué fragancia!



Una estrecha amistad se había consolidado entre la Madre María y los esposos Beatriz Romero Boyer y Eliodoro Betancourt, ilustre educador de Maracay, fundador de un colegio (Santísima Trinidad), el cual contaba entre sus profesores al Padre López Avelado. Su hija María Luisa contrajo matrimonio con el Coronel Alfredo Gámez Contreras. Doña María Luisa accidentalmente da a luz su primer hijo a los 7 meses de embarazo, en casa de su madre en Maracay, frente al asilo. Vecinas como eran, muy pronto reciben la visita de la Madre María, quien va a congratularse con la familia, y a conocer el nuevo vástago, a quien alimentaba con gotero.

Al preguntar cuál sería su nombre, le respondieron:

-Alfredo, como su papá

-Alfredo ´solo, no, expuso la Madre. Agréguenle "José", por el se patrono de Maracay, y... por mí.

Efectivamente así se cumplió y fue su padrino de bautizo el general Juan Vicente Gómez, por coincidencia también sietemesino. Era el año de 1922.

Cada 19 de marzo,

Festividad de san José, Alfredo José recibía un pequeño obsequio de la Madre María y el día de su primera comunión, escrita de su puño y letra, recibe una estampa



eucarística con el siguiente mensaje: "A mi bien amiguito Alfredo José, en el venturoso día de su primera comunión".

El hoy ingeniero Alfredo José recuerda la gran veneración, afecto y confianza que su familia demostraba a la Madre María; pues su padre, aquel militar de brillante carrera, Comandante del Batallón Lara N°36, de la Brigada N° 3, decía que para él la Madre María era como su madre y con frecuencia hablaba con ella. Por supuesto fue benefactor de su obra en Maracay.



Llegué al asilo en 1926. Mi madre se hallaba gravemente enferma de tuberculosis en Los Teques y mi padre era funcionario militar. Al cabo de dos años murió mi madre, contaba yo 8 años.

"Mamaíta", me levantó, me sentó sobre sus piernas, y abrazándome, lloraba. Al ver sus lágrimas le pregunté inocente:

-Mamaíta, ¿por qué lloras?

-Porque tengo una noticia muy triste que darte: tu mamá acaba de morir; pero desde hoy en adelante, yo seré tu madre durante toda la vida...

No sucedió como ella esperaba. El sábado 5 de agosto de 1933, cuando la niña cumplía 15 años, la Madre María escribe:

"Hoy vi partir a María Enriqueta después de algunos años en este Asilo. Fue llevada a la casa de su papá. ¡Cuánto sufro al verlas salir de aquí! ¿qué porvenir les espera? ¡Ay, Jesús de mi alma! Esto me atormenta sobremanera"



Amante de la naturaleza como era, le gustaba plantar, sembrar, afición que compartía con su madre. Se conservan varios árboles y arbustos plantados por ella. Sembrara árboles frutales para alimento de las niñas, en caso de que éste faltara, y plantas ornamentales para el culto. En una ocasión sembró un olivo para utilizar sus ramas en la procesión del Domingo de Ramos en Semana Santa.

Demostraba especial gusto en descansar a la sombra de un árbol.



Un día estaba yo -refiere Ignacia Herrera- en la huerta del asilo sacudiendo un limoncillo que "Mamaíta" había sembrado. De repente se presentó ella y yo salí corriendo por temor a su reprensión. Era aún una niña. Momentos después recibí los limoncillos que ella, cariñosamente me enviaba.



En el año 1927 funcionaba el asilo en la antigua casa frente al Ateneo. Dentro del grupo de las tremendas (traviesas), estaba yo. Una noche que sigilosamente nos escapamos al jardín a conversar y a reír, recibimos un susto: "Mamaíta" estaba allí en el jardín orando devotamente ante la gruta de la Santísima Virgen, que estaba ubicada frente a su habitación. Nos quedamos paralizadas, y al siguiente día cuando le contamos a la Hermana Casta lo que habíamos visto, nos respondió:

-¡Qué tontería! Nuestra Madre anda de viaje.



Oía decir a las Hermanas ancianas que nuestra Madre tenía el don de bilocación. Y ella misma, la Madre, un día narró el siguiente episodio: Durante sus servicios en el Hospital San José, a media noche debía administrar una pastilla a uno de los pacientes, pero se quedó dormida. Al despertar más tarde, inmediatamente fue a la cama del enfermo con la pastilla; pero para su sorpresa fue a la cama del enfermo con la pastilla; pero para su sorpresa, éste le dijo:

-Ud. Me la trajo en la madrugada.



Durante el tiempo de invierno, a las niñas internas



Antiguamente, en las comunidades religiosas se practicaba como ejercicio de humildad, el besar los pies a otra Hermana. Encontrándose nuestra Madre en Ejercicios Espirituales en casa de otras religiosas en Caracas, la Superiora general de aquella comunidad, se levanta de la mesa presta a besar los pies a la Madre fundadora. Pero ésta con la agilidad de un rayo, no halló mejor recurso que deslizarse debajo de la mesa mientras pasaba el "peligro". Este hecho ocurrido en el comedor, provocó la discreta risa de las presentes.



Todas las niñas del asilo la llamaban "Mamaíta". Disfrutaba de modo especial con las más pequeñitas, que a veces la asediaban. En una oportunidad una Hermana trató de retirarlas de su lado, pero la Madre María, enérgicamente le dijo:

-¡Pazguata! A mí no me molestan las niñas.



En otra oportunidad observaron cuando la Madre secundaba feliz el inocente juego de una de las menorcitas que con mímicas, imaginariamente "bañaba" a la Madre sentada en su silla, como si fuese su muñeca. "No te muevas -le decía- quédate así, así"



Creí en el asilo desde tres días de nacida, atendida personalmente por "Mamaíta". Recuerdo que por las noches, después de las oraciones, me invitaba a acompañarla a recorrer la casa rezando el exorcismo y rociando agua bendita. Luego bendecía a las niñas. Este ejercicio era ya costumbre diaria.



Con frecuencia durante algún tiempo, la Madre María sufría de particular sueño en la oración. Una noche que la acompañaba, vi un negrito que le acercaba una almohada a la cabeza. Ella luchaba contra el sueño y nos recomendaba no dejarnos vencer por éste mientras orábamos.



En 1923 me encontraba en grave estado de salud en Barquisimeto, hasta el punto de que esperaban mi muerte, con orden médica de evitarme cualquier impresión. Grande fue la sorpresa general, cuando a pesar de la prohibición recibí un telegrama de nuestra Madre:

-Pídale a nuestro Señor la salud, porque la necesito.

Así lo hice y mejoré . Fue a buscarme personalmente y me contó que estando en oración sin saber a quién designar como maestra de novicias, oyó una voz que le dijo: -La Hermana Mercedes. Ella confió, y ejercí el cargo durante 30 años.



Me consta el espíritu de pobreza de nuestra Madre. Como las demás Hermanas, realizaba los trabajos domésticos más humildes. Recuerdo que siendo niña, hubo necesidad de remodelar la antigua casa del asilo, y la Madre María junto

con las Hermanas, pelaba la caña amarga y la transportaba, así como las latas de arenas y otros materiales de construcción. Todo esto en la parte interna del Hogar.



Durante una de sus vistas al Hogar Coromoto en Coro, nuestra Madre solía tejer bajo la sombra de un árbol del solar, donde se complacía contemplando un nido de pájaros que alimentaban sus polluelos. Lolita, como de 9 años de edad, llevada de la curiosidad, movió la rama en ausencia de la Madre, con tan mala suerte que los pichones se vinieron al suelo y murieron. Nuestra Madre, al enterarse, pidió a la superiora sancionase este hecho ordenándole rezar de rodillas a la puerta de la capilla.



Nos recomendaba mucho que después de comulgar, no abandonáramos inmediatamente la capilla, sino que permaneciéramos un rato en acción de gracias con mucha devoción. En determinado momento nos dijo, -No se sorprendan si cualquier día hago seguir con dos cirios encendidos (en señal de reverencia) a la que salga de la capilla enseguida de comulgar. ¡Llevan al mismo Dios en su corazón!



Se mostraba muy compasiva con las aspirantes. La señorita Mujica procedente del Llano, se iniciaba en la vida religiosa. En conversación con nuestra madre, le comentó la tradicional costumbre de su familia llanera de gustar un plato de bofe tostado al sol. Al siguiente día, en el comedor, la novicia pudo admirar la delicadeza y caridad de la Madre: un servicio de bofe en su plato, la esperaba.



Ingresé durante el tiempo litúrgico de Cuaresma. Un día por la tarde asistimos al Viacrucis de la parroquia y regresamos a la hora de cenar. Como era día de ayuno, el servicio era una frugal sopita de fideos. La Maestra de novicias se acercó a nuestra Madre y le dijo que yo había manifestado tener mucho apetito. Nuestra Madre reaccionó: -¿Y por qué no le dieron su cena completa? Ella no tiene todavía edad para ayunar.



La conocí en Maracay en 1926. Fui con las Hermanas María Cristina y San Luis a la bendición de la capilla del asilo de huérfanos. En esa oportunidad no me admitió por carecer el permiso de mis padres; pero trascurrido un tiempo, me envió un mensaje contundente: –“O se viene pronto o no la aceptaré”. Ingresé al siguiente año. Ya de novicia, me notifican la gravedad de mi padre. La Madre me advierte que si me ausento, perderé el noviciado. Yo le respondo:

–Ud dispone, Madre...

–No; es ud. quien debe decidir. Y me dejó.

Durante varios días ella se mostró seria y reservada; pero viéndome llorosa me envió dos Hermanas para que me consolaran. La prueba quedó superada con la muerte de mi padre.

(Esta hermana era muy bonita y de condición un poco mimada y la Madre quería sus religiosas de temple)



Era yo maestra de novicias cuando la futura Madre General, Guadalupe Velasco, a los dos años de haber profesado enfermó gravemente. Esta Hermanita era particularmente virtuosa y observante. Nuestra Madre María me encareció intensa oración con el grupo de novicias y que ofreciéramos la novena a nuestra Señora del Sagrado Corazón a fin de “arrancarle” la gracia de su salud a nuestro Señor. A pesar de estar desahuciada por los médicos y ya auxiliada con los últimos sacramentos, al tercer día de la novena comenzó a recuperarse. Posteriormente fue la segunda sucesora de la Madre María en el gobierno general de la Congregación, dejando sólidas huellas de santidad.



Durante la década de 1930, como de costumbre, el Asilo Inmaculada Concepción se revestía de particular entusiasmo en la preparación de las actividades a favor de las misiones: las entonces famosas veladas, organizadas y ensayadas por la Hermana San Pedro; confección y venta de “florecitas misioneras”. La Hermana San Luis, de extraordinaria habilidad para componer versos, había elaborado unos especiales para la fecha, y eligió a Ignacia Herrera para su declamación. Eran muy extensos y ante la presión de las compañeras, Ignacia, de unos 9 años de edad, resolvió la situación reduciendo el papel con parte de los versos. Al caer en la cuenta de aquella trastada, la autora acude a nuestra Madre quejándose de tal mutilación. La Madre María, serenamente le responde:

–Y quien merece mayor reprensión? ¿No cree que es Ud. por entregar a la niña el original y no dejar copia? ¡Vaya ocurrencia!



Una señorita con vocación religiosa, cuyos padres querían comprometerla en matrimonio con un apreciable caballero, amigo de la familia, decidió fugarse en el tren que iba a Maracay y allí ingresar a la Congregación de la Madre María. El joven esperó hasta el momento de la profesión religiosa de su amada y oportunamente reiteró su proposición mediante una expresiva carta, para la cual exigía nueva respuesta. La Madre María se presentó a la habitación de la novicia carta en mano, y entregándosela se limitó a decirle:

-Ud. Decide

-Yo ya decidí, Madre.

En realidad, la Hermana perseveró en la Congregación hasta la muerte y por su parte, el caballero jamás contrajo matrimonio.



El 28 de diciembre, festividad de los Santos Inocentes, era tradicional costumbre hacer pasar por “inocentes” a los familiares y amigos con alguna travesura. En la Congregación se practicaba este juego y era del agrado de la Madre María. En cierta ocasión para esta fecha, una novicia frente a la habitación de nuestra Madre, simulaba un fuerte dolor de estómago, con sucesivos quejidos. Al observarla, nuestra Madre le dijo con perspicacia:

-Hum... Yo pensé hacer lo mismo, pero me arrepentí.

La novicia no se dio por aludida y continuó quejándose. Entonces la Madre mandó que avisaran a la Maestra de novicias, y al bajar la santa Hermana, “cayó por inocente”. ¡Para reír todas!



Cierto día una novicia se encuentra en los pasillos con la Madre María que traía en sus manos un ramillete de flores para el altar. La novicia bromeando le dice:

-Madre, regáleme la rosa...

-¡Qué ocurrencia! Le responde la Madre, en presencia de otras Hermanas.

-¡Que le regale la flor más bonita! ¿Qué se habrá creído?

La novicia avergonzada, se retiró en silencio, y momentos después al entrar en su habitación, ¡qué sorpresa! Allí estaba la rosa en un florerito...



Mi hermana y yo ingresamos a la Congregación en 1930. Desde el primer momento nuestra Madre nos demostró especial deferencia y cariñosamente nos llamaba “las muchachas”. Éramos un grupo de 25 novicias. En cierta oportunidad, nuestra Madre se retrasó en acudir a la lectura formativa que diariamente nos ofrecía.

Dado que ella era tan puntual y nuestros deberes esperaban, nos retiramos pensando que ya no asistiría. Sólo una permaneció en espera. Al llegar nuestra Madre, una de las niñas fue corriendo a avisarnos; pero ella al vernos nos cerró la puerta diciendo:

-¡Idos! ¡No os conozco! Y se quedó con la única que había esperado.

La lección fue dura, pero útil. Jamás la olvidamos.



Huérfana desde los cinco años, junto a otras dos hermanita, en un apartado lugar, al enterarse nuestra Madre nos mandó a buscar. En burro se presentaron sus religiosas y nos trasladaron al asilo de Maracay. Me encontré con una “Mamaíta” que nos acariciaba, nos remendaba la ropa, nos peinaba y gustaba de dar el tetero a las más pequeñas. Dialogaba personalmente con las mayorcitas, y al llegar yo a esta edad, un día sentándome a su lado, mientras me acariciaba la cabeza me aconsejaba: -“Negrita me dijo: Guarda siempre tu pureza. No te fijes en hombre casado. Yo quiero que formen un hogar digno; que no tenga yo que verlas deambulando por las calles con varios hijos, inspirando lástima y pasando trabajos”. Jamás he olvidado ese momento. He guardado mi pureza toda mi vida y vivo dignamente ejerciendo mi profesión de enfermera.



Fui educada con las Agustinas en Barquisimeto, y cerca de los 16 años, me encontraba de maestra en el asilo de Maracay. “Mamaíta” me envió como suplente a otro colegio, en el que no llegué a acostumbrarme, porque la superiora era muy fuerte de carácter. La superiora visita a la Madre María y le pide que me deje allí, en su colegio. “Mamaíta” me llama y me consulta. Con una excusa tonta me negué. Ella comprendió enseguida y el asunto quedó ahí. Admiré su prudencia y caridad.



En otra oportunidad, como cantaba en la parroquia, el sacerdote, en Navidad, me obsequió Bs. 500 (quinientos bolívares), que para la época era una suma significativa. La superiora me advirtió que no he debido recibir dinero, y me lo quitó. Muy triste se lo conté a “Mamaíta” y, a los pocos días ella me los restituyó.



A la edad de 15 años Carmen Elena comenzó a trabajar en un Hospital regentado por la Hermanas Agustinas. Allí conoció a su futuro esposo; el noviazgo

transcurría y se prolongó durante varios años, hasta que nuestra Madre me envió un mensaje:

-Dígale a Carmen Elena que pregunte formalmente a M. si se va a casar con ella o no, porque así como van, ella está perdiendo otra oportunidad, lo cual no es justo. Posteriormente, ambos fueron muy amigos de nuestra Madre María y hasta hoy forman una pareja ideal.



Reverenciaba a los sacerdotes. En una oportunidad que la visitaba un sacerdote recién ordenado, según la costumbre nuestra Madre le pidió su bendición. Él, sonrojado la bendijo y comentó: -¡Qué Madre tan humilde!



Con el Papa y sus representantes extremaba sus delicadezas y atenciones. En una de las ocasiones en que la visitó el Nuncio de Venezuela, Monseñor Fernando Cento, se le vio recibirlo de rodillas, pidiendo su bendición. Con este Nuncio, mantuvo cuarenta años de amistad y correspondencia epistolar, en beneficio de la Congregación.



Cierto día, al entrar una de las Hermanas jóvenes a su oficina, la encontró escribiendo de rodillas. Ante la extrañeza de la juniora, la Madre parcamente le expresó: -Escribo al santo Padre (entonces el Papa Pío XII)



Su retiro espiritual para ella era sagrado, pero por sobre todo estaba la caridad. En una de sus visitas al Hospital en San Fernando de Apure, donde se confrontaban problemas, fueron a solicitarla unas personas de importancia en relación al asunto. Las Hermanas no se atrevían a molestarla interrumpiendo su retiro; pero las personas insistían y así transcurrió un tiempo, hasta que las Hermanas decidieron avisarle y ella manifestó su disgusto por no habérselo notificado inmediatamente, y atendió a aquellas personas con serenidad y firmeza.





En los locales del internado acostumbraba de vez en cuando dejar algún dinero a la vista para probar la honradez de sus educandas. Una vez, alguien me obsequió una moneda de un bolívar y enseguida mandé a comprar un jabón de agua de colonia. Nuestra Madre observó cuando recibí el jabón y me llamó para interrogarme de dónde había obtenido dinero y por qué había comprado algo sin permiso. Me instó a mostrarle lo que llevaba oculto entre las manos y tomando ella el jabón, me dijo:

-A escondidas nada. Mal hecho, por lo tanto, no va a usar el jabón.



"No te preocupes porque me escribes con lápiz -manifiesta a una amiga. -Con carbón que escribieras, me agrada siempre recibir tus cartitas". Esta "amiga" adolecía de un defecto físico.



A la misma persona le escribe en otra ocasión: "fui a Coro en avión. ¿Cómo te parece la vieja volando? Aunque ya prometí a mi viejecita que no lo haré más mientras ella viva".



El 31 de enero de 1940 Venezuela conoció la noticia del fallecimiento de una gran mujer venezolana, prima en línea materna del Libertador Simón Bolívar y fundadora de las Hermanas carmelitas venezolanas. Su nombre: Madre Candelaria (Susana Paz Castillo Ramírez). Ya con fama de santidad en vida, sus últimas palabras fueron: "¡Jesús! ¡Triunfé!"

Al conocer nuestra Madre María su deceso, exclamó conmovida: "¡Esta sí era una santa!".

No sabemos si se conocieron personalmente. Sólo tenemos referencia de una oportuna carta del padre López Avelo a Monseñor Sixto Sosa, fundador de aquellas religiosas, en relación al inicio de su Congregación.

Lo cierto es que nuestra Madreen diversas oportunidades repitió la misma frase al referirse a la Madre Candelaria: "¡Esa sí que era una santa!", y expresión tan sincera se recuerda en nuestra Congregación a través de las religiosas que la escucharon de sus labios.

En efecto, la causa de beatificación de la Madre Candelaria se abrió en 1969, dos años después de muerte de nuestra bienaventurada Madre María.



En 1942, Monseñor Sergio Godoy, obispo de Maracaibo, visitó a nuestra Madre y le pidió aceptara fundar una obra en su diócesis; que para el efecto, determinada señora había ofrecido una casa dotada en todo sentido. Ante la urgencia del prelado, nuestra Madre me envió con otras dos Hermanas (Consuelo y Adolfinia), a esa ciudad. Al llegar nos encontramos con la desagradable sorpresa de que no había ni un cajón donde sentarse. Notificamos a nuestra Madre preguntándole si regresábamos a Maracay, a lo que respondió negativamente y nos aconsejó solicitar hospedaje en alguna comunidad religiosa mientras nos organizábamos. Fuimos recibidas por las Hermanas de Nuestra Señora de Lourdes y ellas nos ayudaron hasta que pudimos satisfacer la petición del señor obispo. Habían transcurrido tres meses, al cabo de los cuales iniciamos -con lo más indispensable- una escuela para niñas pobres que aún perdura.



El 3 de noviembre de 1943 se celebró el cincuentenario de la fundación del Hospital San José, de Maracay. Fue doloroso para la Madre la sorpresa de una condecoración a su persona en medio de festejos públicos. Huyó al colegio de La Pastora en Caracas, y allí escribió: "Heme aquí sumida en la más grande amargura... bien merezco semejante humillación... No nací para oír tonterías y mentiras... Jamás he creído hacer nada y, en lo que he hecho, siempre le he dado toda la gloria a Dios, único digno de toda alabanza".



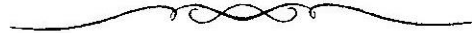
En Maracay, ingresamos a la Congregación dos jovencitas cuya madre, venezolana por nacimiento, desde muy pequeñas se había formado en la isla de Trinidad, y el idioma que dominaba era el inglés. Ante una carta enviada por su madre, las dos hermanas comenzaron a llorar. -Vengan acá, les instó nuestra Madre. Tradúzcanme la carta. Como continuaban llorando, se levantó y les dijo: -Esta bien; si es que quieren irse, arreglamos viaje ya. -Inmediatamente, las lloronas se enjugaron las lágrimas y leyeron la carta.



Coleccionaba los sellos postales, los remojaba en una ponchera y luego de secarlos cuidadosamente los clasificaba por naciones y los guardaba en una cajita en completo orden. -Madre, le preguntaron un día, ¿qué hace Ud. Con eso? -Ayudo a los misioneros, respondió. Paciente tarea, año tras año con gran espíritu misionero



Una preocupada superiora en cierta ciudad lejana, comentó a nuestra Madre que la joven recién profesa a su cargo, para mejor guardarla de la modestia y protegerse de las “persecuciones” pues era bonita, había decidido cerrar los ojos ante los piropos. Nuestra Madre respondió con gracia: –¡Qué tontería! ¡qué perseguida va a ser! Esas son monerías, ¡y que cerrar los ojos! Los hombres pensarán que le está guiñando el ojo... ¡Que se dé a respetar y más nada!



Profesé muy joven y me destinaron a un Hospital. Mientras cumplía mis deberes, un joven me lanzó una carta atada a una piedra. Eran simples piropos; pero luego envió otra dejándola sobre la mesa del teléfono. Esto llegó a oídos de nuestra Madre y por falta de comunicación, me castigó suspendiéndome la asistencia a los actos de comunidad durante dos meses, pasados los cuales me recibió y me escuchó, lamentando que por no habersele informado correctamente, me hubiese castigado. Me pidió perdón y me concedió emitir mi profesión perpetua.



Construíamos una nueva y funcional capilla en nuestro Hospital de Los Teques, para lo cual colaboraba el Ministerio del Trabajo, enviando periódicamente una cantidad de material. Se presentó un conflicto con una familia que reclamaba el material como suyo, a lo que respondimos no podía entregarse porque estaba a nombre del Hospital. Durante una semana recibimos de estas personas numerables insultos, a los que por consejo de nuestra Madre María, optamos por no responder. A los pocos días se clarificó la situación y ellos recibieron su material correspondiente. Sobrevivo el fallecimiento del general Juan Vicente Gómez, y ante la revuelta popular después de casi 30 años de dictadura, la mencionada familia acudió a nuestra Madre en Maracay pidiéndole protección, no sólo para sus personas, sino además para sus bienes materiales. Nuestra Madre María los acogió con caridad y les destinó una de las habitaciones más ocultas de la Casa Hogar, como ellos lo habían solicitado temiendo las represalias.



Un día, al concluir los Ejercicios Espirituales en Maracay, fuimos a dialogar con nuestra Madre María. En aquel ambiente de alegría, nos pregunta: ¿quién quiere visitar

la casa de La Victoria? (muy apreciada por ella: la primera obra). Todas rodeándola dijeron: ¡yo! Entonces fue extrayendo de una bolsita las monedas para el pasaje y repartiendo a cada una. Dado mi temperamento, me había quedado apartada y en silencio, lo cual observó y me preguntó: Y Ud. ¿no quiere ir? Sí, le respondí tímidamente. Entonces entregándome el dinero del pasaje, me comentó:

-Tan cerca que está allí su mamá, y ¿no se anima? Almuerce con su mamá y se regresa por la tarde. Y... no sea zoqueta -agregó- porque los zoquetes ¡ni al cielo van!



El Padre agustino recoleto Joaquín González había invitado a las Hermanas a colaborar en unas misiones populares en Puerto Cabello. Nuestra Madre envió dos Hermanas. Al regresar, le entregaron un obsequio en efectivo que el padre atentamente les había brindado. La Madre, rehusándolo, les dijo: -Yo a Uds. no las mandé a ganar dinero. Las envié a trabajar por las almas, para Dios. “!No ambiciono dinero -escribió textualmente- quiero almas!”



Prestaba mis servicios en el colegio de la Divina Pastora, en Caracas, y como me sintiera mal de salud, nuestra Madre me invitó a pasar unos días en el asilo de Maracay, a su lado. La superiora me entregó una pequeña suma de dinero, pero al enterarse nuestra Madre, en tono de disgusto me preguntó: -¿Y por qué le dieron dinero? ¿No viene Ud. a su casa? Nada le ha de faltar aquí.



Al ser informada sobre la actuación de una de sus religiosas que había abandonado la Congregación, se limitó a comentar: -Se salen para después andar como pajarito sin cola.



En una situación de angustia a causa de los problemas de personal para las casa, expresó: -Cada quien hala la brasa para su sardina y yo me quedo sólo con el agua.



Se enteró de no sé qué planes para el momento de su muerte (bastante tardía), y replicó: –Esas son tonterías de la Hermana X. ¡Quién sabe dónde voy a morir! Y yo no quiero que después de muerta vayan a estarme paseando en carro o en avión. ¡Muchas gracias!



“O servimos o no servimos. Nosotras no somos supe-falta. Eso no es humildad”. Fue su reacción ante las estrategias de la directiva de una Hospital para liberarse de la comunidad religiosa destinada a ella a esa obra.



Mariíta –me dijo un día que fui con las Hermanas a visitar a Maracay desde Calabozo– ya te estás volviendo mayorcita... ¿No te gustaría ser religiosa? Contaba yo entonces 23 años de edad. Su pregunta me hizo reflexionar y al año siguiente ingresé como religiosa. En realidad, había captado mi deseo.



Una muestra de su gran espíritu de oración, de trabajo y de silencio, se revelaba en la confección de las hostias. No perdía tiempo. En una oportunidad que me hablaba confidencialmente, me dijo:  
–Si la máquina está bien, rezo un avemaría durante el cocimiento de cada pan. Por eso me ven tan absorta.



Nuestra Madre me proporcionó estudios de órgano y me pidió aprendiera a acompañar la bendición con el Santísimo Sacramento en la capilla, lo cual era frecuente. Un día no llegué a tiempo y el sacerdote ya había expuesto, por lo cual me castigó ensayando una semana por las noches a la hora de la recreación comunitaria, a fin de que aprendiera a ser más responsable.



Ingresé el 11 de febrero de 1944. Cuando profesé, junto al libro de las Reglas y Constituciones de la Congregación, había una imagencita de la santísima Virgen, que

también tomé. Resultó ser ésta la del uso de nuestra Madre, lo cual desencadenó una intensa búsqueda, pero infructuosa, ya que se celebraba ese día su onomástico y había fiesta y mucha gesticulación. Cuando volví a Maracay a los dos años, en seguida reconoció su imagencita y me la cambió por otra. Posteriormente, esta imagen tan apreciada, la obsequió a un sacerdote prisionero.



Se corrió entre el grupo de niñas internas la voz de que durante las Horas Santas nocturnas, nuestra Madre se veía más alta, por lo que repetían: “Mamaíta de noche es grande, de día chiquita” y hasta se escapaban a la sacristía para curiosear. ¿Levitación?



“Cómo encontró todo? Escribe a una superiora del interior del país. No quiero que nadie se entere del mal comportamiento de esas Hermanas, sólo yo. Le suplico no lo diga (ni al mismo señor obispo). Mándemelas y nada más, me lo dice todo a mí. Así conservarán ellas su buena reputación, aunque con nosotras hubiesen sido muy malas, ¿no le parece?”



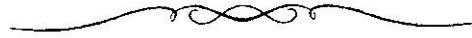
“No quiero que para nada se nombren las (Hermanas) que han estado, si no es para alabarlas... Soy así; como sufro tanto cuando se separan, no las nombro para nada y sufro cuando otra persona las compara con las que están. Le envío ese mensaje escrito para que lo coloque en el comedor y la sala de recreación y así lo recuerden.”



Josefina del Pilar Cerró Hernández, acostumbró siempre después del nacimiento de sus hijos, llevarlos ante la Virgen de Coromoto en su Santuario de Guanare, pero a su vez, presentarlos a la Madre María en el asilo de Maracay. Nacido su 4º hijo, le dieron el nombre de José Manuel, dos nombres muy queridos de la tradición familiar. Al presentarlo a la Madre María y conocer su nombre, se mostró muy contenta: –¡Qué bonito es el muchachito! Comentó, y en seguida asociando su nombre con el General Hernández, el famoso “Mocho” de nuestra historia nacional, agregó:

–Yo fui mochista. Tu hijo será un gran hombre.

El General José Manuel Hernández, revolucionario y luchador infatigable, era llamado el “Mocho Hernández” por haber perdido dos dedos de una mano.



El domingo 20 de mayo de 1948, Rancho Grande se cubrió de alegría y cantos, pues la Madre María y un grupo de las agustinas de Maracay, fueron en verdadera peregrinación hasta esas alturas de la Cordillera de la Costa aragüeña a visitar a mamá -Syria Angélica Udis- a quien ella quería con especial afecto y se encontraba allí postrada en cama. La visita fue un gran consuelo para ambas, pues al mes siguiente, mamá entregaba su alma al Padre con la bendición de esa buena Madrecita y para ella, la Madre María, la inmensa satisfacción de haberla acompañado en su travesía pascual.

Contaba para entonces 73 años de edad.



Le fascinaba contemplar el mar y en ocasiones durante algún día de semana, solía pasar allí horas, sobre todo en Puerto Cabello. Disfrutaba feliz de la brisa marina y en una oportunidad le provocó quitarse los zapatos y caminar sobre la arena. Durante uno de esos paseos, la Hermana que la acompañaba, vio acercarse a un bañista, por lo que de algún modo trataba de impedir que nuestra Madre lo viese. Ella percatándose del asunto, dijo a la Hermana: -Pazguata, en ese hombre yo veo a Jesucristo.



En la víspera de una Toma de Hábito -que antiguamente eran muy solemnes- la Madre María observó que el cutis de la candidata Dolores estaba lleno de salpullido. Llamándola aparte le dijo: -¡Ay, mijita! Esa cara está muy fea para recibir mañana el hábito. ¡Aplíquese un polvito!, y le obsequió una caja de talco.



Una anciana de apellido Cazorla sufría de la vista y acercándose un día me dice: -Hermanita, no sé qué hacer con estos ojos... -Yo, joven, recién profesada y de alegre temperamento, le respondí en broma: -No se preocupe, que yo soy santa y puedo hacerle el milagro. Présteme sus lentes y verá. Luego de colocármelos un momento y entregárselos, le dije: -Ahora vaya a decirle a la Madre María que Santa Paula le hizo el milagro. Efectivamente, la señora refirió todo a nuestra Madre. Era un

12 de Septiembre, onomástico de nuestra fundadora y estábamos de asueto. En plena recreación, la Madre pregunta: -¿Quién es la Hna. Paula? Silencio total. -Que se ponga de pie... ¡Nada! A la tercera orden, asustada respondí: -Yo, Madre. ¿Ah sí? Pues de ahora en adelante se llamará Paula, de verdad, y me sancionó negándose a darme a besar su correa según costumbre, durante ocho días. Una de las Hermanas mayores, intervino a mi favor diciéndole: Perdónela, Madre, son muchachadas... "Mentiras...! ni en broma!" enfatizó. Detestaba el engaño.



Mientras se dedicaba al trabajo de fabricar hostias, al ver que alguien entraba, rápidamente cubría la harina que estaba usando. A observar ese gesto, una Hermana le preguntó por qué lo hacía, a lo que respondió con otra pregunta:

-¿No sabe Ud. que al hablar se desprenden partículas de saliva? Y ¿en qué se van a convertir las hostias? Nada menos que el cuerpo y sangre de Cristo.



La Madre María emprendía su trabajo de cada día: preparar las hostias. Hasta en los detalles más insignificantes brillaba su delicadeza con Jesús Eucaristía. De vez en cuando salía una forma no tan perfecta y ella la separaba en silencio. -Madre, le pregunté un día que la visitaba, ¿por qué lo hace? Con una sonrisa, me respondió: - Padre, para Jesús lo más perfecto; las otras las guardo para las niñas, ¡y cómo les gustan!



Fabricaba las hostias gratuitamente para varias parroquias y comunidades religiosas. Llevaba su control anotado. En cierta ocasión vinieron de la Iglesia parroquial a buscar hostias fuera del tiempo correspondiente. No, les dijo, no es posible que tan pronto se hayan terminado. Debe ser que los monaguillos se las han comido. Dígale al sacristán que venga personalmente. Vino el sacristán. Efectivamente se trataba de lo que la Madre María suponía. Le entregó las hostias al sacristán recomendándole mayor cuidado, y para evitar se repitiese el hecho, decidió enviar una bolsa de recortes de hostias (los sobrantes) a los monaguillos glotonos.



Interna en el Asilo y ya adolescente, me obsequiaron un par de zarcillos. Yo no sabía si podía usarlos y fui directamente a la oficina de "Mamaíta" y le consulté. Ella se



sonrió y me dijo: -¿Tú no sabes que una mujer sin zarcillos es como una casa sin ventanas?



Un día en el asilo hice una travesura a una de las Hermanas ancianas y me acusaron con "Mamaíta". Interrogada por ella se lo negué. Ella me obsequió dos caramelos; pero fui incapaz de probarlos porque la había engañado. Cuando acudí de nuevo a ella, me dijo: -¡Ajá! No pudiste comerte los caramelos, ¿verdad? Pues por haber mentido te vas a la capilla y le pides perdón al Señor.



Yo estaba inscrita en el colegio en calidad de seminternas. La colaboración para entonces era de Bs. 15. La inesperada muerte de mi mamá ocasionó gastos imprevistos y mi papá se retrasó en cancelar el colegio. Cuando después de tres meses y con mucha vergüenza, se presentó con el dinero ante la Madre María, ésta lo rehusó diciendo: -¡De ninguna manera! Uds. lo necesitan. La niña continuará sus clases hasta que sea necesario. Cancele cuando salga de aprietos.



Le obsequiábamos juguetes de cuerda porque a ella le agradaban. En la recreación comunitaria durante la noche, se divertía con esto y se reía. En una oportunidad le gustó mucho el de una casita mecánica con una mujer en la puerta y al lado de la casa un árbol. Contemplándolo, dijo: -Yo siempre he sido de opinión que en todas las casa debe haber un árbol. En realidad, así lo practicó.



Le gustaba mucho la flor del jazmín. Se enteró de que en Guanare, Estado Portuguesa había una hermosa planta de jazmín y envió allí a Carmen Barrios, una de sus protegidas, a traerle un gajito el cual sembró personalmente a la puerta de la capilla con el fin de que nuestro Señor Sacramentado se recreara con sus flores. Se estima fue sembrada hacia el año 1940 y aún se conserva siempre florecido.



Durante aquellos años, gustaba de preparar amorosamente un florerito con los jazmines por ella plantados y ofrecerlo diariamente a nuestro Señor en el altar. Era un fino detalle. Más tarde le pediré a la entonces novicia Águeda Lourdes que continúe esta devoción: -Aunque nuestro Señor tenga sus floreros en el altar, no deje de colocármele se florerito de jazmines.



Un domingo en Maracay, las novicias disfrutaban de una merienda de maíz tostado (lo que la pobreza de entonces permitía), cuando de repente una de las jóvenes dio un grito al ver un ratón. Otra se asustó tanto que, asfixiada con la harina casi se muere. Como era Navidad, nuestra Madre la hizo bajar y acomodar en un diván junto a su oficina cercana a la capilla y le obsequió un regalito



Escribí a la Madre María, manifestándole mi deseo de ingresar, con el inconveniente de mi color muy trigueño. Ella pronto me respondió:  
A Dios nada le importa el color. Lo necesario es el verdadero deseo de servirle.



Un recién ordenado clérigo, con ínfulas de personaje, escribe a la Madre fundadora una furibunda y extensa carta, tratándola de inepta, ignorante y demás, por no se qué mal entendido. No era la primera dificultad con dicho señor; pero al parecer esto no inmutó a la Madre, quien en la intimidad le limitó a comentar:

-Lo que sucede es que él es muy joven y está creyendo que la luna es pan de horno (roquilla horneada de maíz carriaco). ¡Pobrecito!



Con el ejemplo y con la palabra, la Madre María nos inculcó siempre observar una postura reverente ante Jesús sacramentado. Era yo de las "nuevas" y me encontraba en la oración comunitaria con ambos brazos apoyados en el banco. De repente llama mi atención un golpecito en la ventana vecina a mi sitio. Al volverme, me encuentro con nuestra Madre que, desde fuera, me dice:

-Mijita, ¿y es que Ud. cree que está asomada a una ventana?  
Nunca más olvidé la lección.



En aquel entonces, un perro grande era el guardián de la casa. Oí decir que una religiosa de otra Congregación vendría a visitar al asilo. Yo, joven y traviesa concebí la idea de encerrar al perro en la habitación de la huésped. Por supuesto al encontrarse sorpresivamente con el perro, se formó un escándalo: el perro ladraba y la Hermana gritaba. Yo, temblando me escondí, pues temía la fuerte reprensión de nuestra Madre; pero grande fue mi sorpresa y mi consuelo cuando vi que antes bien le había causado gracia y se reía.



Mi nacimiento costó la vida a mi progenitora y desde entonces mi madre fue aquella santa mujer a quien llamamos “Mamaíta”. Permanecí en el asilo hasta que por su autorización, formalicé noviazgo con un joven llamado Juan. Ella me consejo muchísimo, pero yo insistí en casarme. Habiéndome tomado varias fotografías, las mostré a “Mamaíta”. –¡Qué bien quedaste! me dijo, y agregó con gracia:  
–¡Obséquiale una a Juan!



La bahía de Cata, en Ocumare de la Costa, Estado Aragua, por cierto muy hermosa, constituía el sitio privilegiado de una paseo colectivo de la Casa Hogar de Maracay, con la Madre María al frente. Se trataba de una salida navideña cada 28 de diciembre. Era ya algo tradicional. Desafortunadamente, en determinado año, la víspera por la tarde, se incendió el pesebre de una de las habitaciones internas. La comunidad se imaginó que el paseo quedaría suspendido, dado el incidente. El día 28, muy temprano, ven salir a nuestra Madre de sus habitaciones toalla en mano y su cestica de costumbre. ¡Madre! Le preguntan las Hermanas, y ¿sí vamos a la playa? – Por supuesto, respondió con entusiasmo la Madre, ¿y por qué no? –Disfrutaron su día como todos los años.



La acompañé en una viaje de tres días por tierra a Palmira, Estado Táchira de donde pasamos a Cúcuta, Colombia. En esta ciudad nos encontramos con el señor Zogbi, dueño de uno de los principales hoteles de la localidad y quien había educado sus hijas en uno de nuestros colegios en Caracas. Nos invitó a almorzar en su hotel, y nuestra Madre aceptó gustosamente sin ningún tipo de inhibición, con naturalidad, sencillez, y mucho antes de las aperturas seguidas al Concilio Vaticano II.

Por supuesto, a ella se le ubicó en un sitio más reservado y tomó de sus viandas.



A raíz de las quejas presentadas por la comunidad en una ciudad del interior por la conducta de una Hermana de color, nuestra Madre les dirige una nota en los siguientes términos: “En cuanto nomás remueva a mi 'San Benito de Palermo', buscaré para ésa una Hermana albina. ¡Lo malo es que las albinas nos hijas de negritos! –Ud. no se ofenda, pues no ha sido Ud. quien lo dio ese sobrenombre”, agrega a la destinataria.



Una forma tradicional de ayuno y de ascesis en la Congregación era abstenerse de tomar alimento fuera de las horas de la comida. La Hermana X., joven y escrupulosa de conciencia, se encuentra un día con nuestra Madre en los pasillos internos, y se sorprende al observar que mastica algo fuera de la hora establecida y fuera del comedor. Guarda silencio, pero nuestra Madre se acerca y suavemente le pregunta: –¿Quiere probar un poquito? Medio vacilante, la buena Hermana, le responde: –Sí, Madre. Al probar, su sorpresa fue mayor cuando saboreó algo sumamente amargo, retama: una forma de mortificar el sentido del gusto, por virtud.



Con motivo de la celebración de las Bodas de Oro de la Congregación, fueron organizados los actos conmemorativos; pero nuestra Madre pedía a Dios no le permitiera estar presente por temor a los homenajes. En esos días, después de almorzar, la Madre recibió la noticia de que en un accidente aéreo había perecido una familia amiga suya, lo cual le afectó notablemente y le ocasionó una embolia cerebral que la mantuvo en estado de gravedad. Al restablecerse, los médicos le ordenaron un mes de reposo absoluto fuera de Maracay y se eligió la casa (Hospital) de Tinaquillo, Estado Cojedes, en la región del Llano, por lo cual no participó en los festejos.



El traslado desde Maracay al Hospital de Tinaquillo en cumplimiento de la prescripción médica correspondió a la entonces Hermana María del Crucificado, a quien por su afición a altas velocidades en el volante, más tarde la llamarían “Cecotto”. El traslado se efectuó en un Plymouth 48 que corría en millas. La “Cecotto”, con jabón Bonamí, escribió en el vidrio posterior del vehículo: “Enfermo”, e iba conduciendo con la prudencia del caso. Nuestra Madre observando el asunto y,

conociendo bien a la Hermana, en gesto de comprensión, le autoriza: -Corra un poquito.



Su última visita al Hospital de Calabozo, la realizó con la Hermana María del Crucificado al volante, estrenando una camioneta Ford 52. Un viaje bastante fuerte a través de una carretera desierta de tierra rojiza, con sobrado calor e interminables kilómetros. A la altura de la población llamada El Sombrero, nuestra Madre manda detener el vehículo, y le ordena a la Hermana: -Bájese aquí que hay un restaurant y tome algún refrigerio. Ella, la Madre, portaba consigo sus escasas provisiones. Más adelante almorzaron bajo la sombra de un árbol.



En una de las habitaciones de acceso a las niñas internas en Maracay, llamaba la atención de las pequeñas una fotografía de una religiosa colocada en un cuadro en la pared ante el que se arrodillaban a rezar por propia iniciativa. Un buen día, una de las Hermanas para salir de dudas, pregunta a nuestra Madre qué santa es aquella. Nuestra Madre pide ver el cuadro y ante el reconocimiento del personaje, les dice riéndose: -¡Zoquetas! esa soy yo. -Era un detalle ampliado de su primera fotografía como religiosa en 1903, con el hábito original.

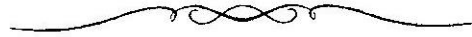


Para las lecturas de la comunidad, sobre todo en la capilla, prefería designar a aquellas Hermanas que leyeran correctamente: caridad, buena pronunciación y adecuada entonación. Correspondía dirigir la oración a una juniora a través del micrófono. Al ver que nuestra Madre permanecía a su lado, la Hermana comenzó a gaguear. -¿Y a Ud. qué le pasa? Le interrumpió la Madre. -¡Está leyendo como si tuviese la boca llena de papa caliente!



La víspera de su primer cumpleaños después de ingresar, la Hermana X dice a nuestra Madre:

-Mañana es mi cumpleaños. ¡Ah! Responde la Madre, ¿el día de la degollación de san Juan Bautista? De casualidad no le impusieron el nombre de "Degollación". Para reír ambas!



Una noche después de la recreación, acostumbrada, la Hermana anteriormente mencionada, solicita permiso a nuestra Madre para usar un jaboncito de olor. Otra de las compañeras, adelantándose, le dice: –Aquí no se usa sino jabón azul. –¿Y desde cuándo la nombraron a Ud. superiora general? Le replicó nuestra Madre. ¡la felicito! Cuando usted sea la Madre general, entonces le da el jabón azul. ¡Que use su jabón!



En la confección de las hostias, además de la esmerada pulcritud y devoción, se complacía en algunos detalles. Una visitante al observar que clasificaba las formas, le preguntó al respecto y ella respondió que como las máquinas ofrecían varios grabados, las seleccionaba: a las comunidades religiosas, el grabado del Cordero, a las de la casa, el signo de la Cruz, y en Navidad, el Niños Jesús.



Construido el colegio Divina Pastora en Caracas, la Hermana San Luis oportunamente emprendió la edificación de la capilla Niño Jesús de Praga (en el mismo colegio) sin comunicarlo a nuestra Madre pues deseaba darle una sorpresa. En una de las frecuentes visitas de la Hna. San Luis a nuestra Madre en Maracay, ésta con toda naturalidad le pregunta:

–Y qué tal la construcción?

La Hermana sorprendida a su vez le interroga quién la informó. La Madre responde:

–Nadie me lo ha dicho. Lo “vi”. Vi la capilla en construcción.



Las obras benéficas de la Madre María se sostenían con el trabajo y las recolecciones de sus religiosas, según era costumbre; los aportes de personas particulares y algunas ayudas oficiales. De parte de un organismo oficial solicitan informe económico a fin de constatar la inversión del mencionado subsidio. Recibido el informe, se sorprenden al ver que los gastos, muy superiores, figuran todos cubiertos. En nueva comunicación escrita solicitan a la Madre explique de qué manera cubre el déficit, a lo que ella al pie de la misma página, responde:

–Con la ayuda de la Divina Providencia. –Así de simple, como es.



Se comportaba siempre como una verdadera madre: Educada yo desde muy niña en el asilo de Maracay, y acostumbrada desde entonces a llamarla “Mamaíta”, continué llamándola de esa manera aún después de ser religiosa. En una oportunidad, una de las Hermanas, me advirtió:

-Se le llama “nuestra Madre”. Eso de “Mamaíta”

La Madre, que estaba escuchando la conversación, tomó la palabra para decir:

-Déjela que me llame así; a mí me satisface.



Personalmente la Madre dirigía la Hora Santa de la capilla los primeros jueves de mes de 11 a 12 de la noche. Jóvenes como éramos y con aquel cálido clima, el sueño a veces nos dominaba. En una ocasión, observando que no respondíamos a la oración dirigida desde la sacristía a través del micrófono, se asomó en medio del presbiterio y nos dijo con mucha gracia:

-¡Guá! ¿Cómo que están dormidas?

Y como por arte de magia, las dormidas se despabilaron...



Su vocación de consagrada, la vivió a plenitud, feliz. Esa vivencia la estimulaba a interesarse en las vocaciones. Al llegar las jóvenes a cierta edad, les hacía suavemente una pregunta, como para hacerles tomar conciencia: “¿Qué piensas hacer de tu vida?”

Aunque no a todas para la vida religiosa. Yo, personalmente viví la siguiente experiencia:

Trabajaba como secretaria en el cuartel Bolívar, vestida de uniforme militar. Cada vez que me era posible, acudía al asilo a conversar con la Madre y le llevaba algunos donativos para los pobres.

En una de esas ocasiones, la Madre me preguntó:

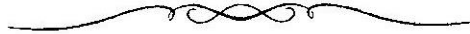
-¿Qué has pensado hacer con tu vida?

-¡Ay, Madre! Me gustaría ser religiosa...

La Madre, siempre sincera, moviendo la cabeza me respondió:

-No, no. Mayor bien harás tu afuera, en el mundo, que dentro con hábito.

Y seguí su sabio consejo.



Quería ingresar en la Congregación de la Madre María, y me informaron que con motivo del próximo Congreso Eucarístico a celebrarse en la ciudad de Valencia, Estado Carabobo, donde me encontraba, ella estaría allí presente.

El día de la gran solemnidad, la vi en Catedral, cerca de una columna. Me escapé del grupo de cantoras al cual pertenecía, con la intención de hablar con ella. Al llegar a su lado, observé que estaba absorta en la Divina Eucaristía. Su actitud tan reverente me admiró, y aunque me situé de forma que ella me viera, no logré por un momento que desviara la vista de la Hostia Santa. Parecía fuera de sí. Me vi forzada a regresar a mi sitio con el imaginable dolor de no haber logrado mi propósito. Pero en mí quedó grabada para siempre aquella imagen de la Madre en adoración. Posteriormente hablé con ella y con gran caridad me ayudó a vencer los obstáculos.



En la primera visita que me dispensaron mis padres después de ingresar a la Congregación, conocieron a la Madre María ante cuya presencia cayeron de rodillas. Luego les pregunté por qué lo habían hecho y me respondieron:

-¿Y qué puede hacerse ante una santa? Ella lo es.



Al fallecer mi madre, quedé sola. La Madre María me conocía desde hacía bastante tiempo, dulcemente me preguntó:

-¿No te gustaría encontrar una familia en la vida religiosa?

Le objeté que el inconveniente era mi edad, a lo que replicó:

-El Señor no busca edades, sino corazones generosos.



El día que manifesté a nuestra Madre mi decisión de ser religiosa, la vi llorar. Un poco perpleja, le pregunté:

-¿Y por qué llora, "Mamaíta"?

-Esto es muy grande para mí... Durante mucho tiempo he pedido a Dios esta gracia de verte religiosa antes de mi muerte.

Se trataba de una niña que ella había recibido desde apenas días de nacida.





Nos llamaba la atención de que, pese a sus múltiples ocupaciones, nuestra Madre atendía a todas las personas que la visitaban, como si no tuviera otro oficio. Un día nos confesó: –Al principio me molestaba, pero después comprendí que de ese modo perdía el mérito y el tiempo; así me propuse hacerlo con paz.

San Agustín dice: “Si das pan con cara triste, pan y mérito perdiste”.



Entre los dones extraordinarios de que gozaba nuestra Madre, se encuentra el de bilocación (en dos lugares al mismo tiempo). Las niñas internas con frecuencia la veían, y cuando le hacían alusión a ello, les respondía:

–¡Ajá! Eso es para que se convenzan de que siempre estoy pendiente de Uds.



Irma Daviot sufría de fuertes ataques de asma. Una compañera de habitación se quejó ante nuestra Madre de que pasaba la noche en vela a causa de la enferme. Esa misma noche, Irma recibió la visita de la Madre, quien le administró una medicina y pudo dormir toda la noche. Al siguiente día, al darle las gracias a nuestra Madre, ella respondió:

–¡Nada de eso! Yo no me levanté durante la noche.



La Hermana Mercedes nos refería que durante una noche de gran tempestad –a lo que ella sintió siempre pánico– se consoló cuando vio entrar a nuestra Madre en su habitación para acompañarla. Al día siguiente le dio las gracias por esta gran caridad. Con su acostumbrado tono en esas ocasiones, la Madre María le respondió:

–¡Zoqueta! ¿Cómo cree Ud. que a altas horas de la noche voy a llegarme hasta su habitación para ir a acompañarla? (Unos 120 metros de distancia) ¡No faltaba más!



En otra oportunidad, en la escuela Madre María ubicada en una barriada de Barquisimeto, Estado Lara, las Hermanas vieron a nuestra Madre en la capilla orando, y según la costumbre, tocaron las campanas; pero cuando fueron a saludarla, ya no estaba. Llamaron a Maracay y allí se encontraba cumpliendo sus deberes.



De visita en esta misma comunidad, al llegar a la capilla, nuestra Madre se arrodilló ante el Sagrario. Al advertirle que allí no estaba el Santísimo Sacramento porque el padre lo había retirado, insistió que sí estaba. A los pocos momentos llamó el párroco para comunicar a las Hermanas que no había retirado el Santísimo; por lo tanto que le encendieran su lámpara.



Clara Giménez, más tarde religiosa agustina, acompañó a nuestra Madre a visitar el Hospital de Calabozo, Estado Guárico. Nos refiere la Hermana que estando nuestra Madre en oración, de repente quedó como en suspenso con el libro en las manos. Al volver en sí, dijo: -Acaba de morir una niña (fulana) en Maracay. Al día siguiente llegó el aviso del deceso.



Una religiosa de otra Congregación de nombre Amalia, muy enferma de la garganta, visitó a nuestra Madre, quien le dio a beber agua en una copita que ella usaba. La Hermana obedeció y curó de su mal.



De Visita en Tinaquillo, hubo una interrupción en el alumbrado eléctrico y por supuesto quedamos a oscuras. Nuestra Madre comentó: -Cuando voy a alguna de nuestras casas y falta algo, me alegro. -Con ello quería expresar su amor a la pobreza.



“Mi retiro -escribe en la década de los años 50- lo hice tranquila, llegó una visita de esas encantadoras amigas de mi infancia y maestra de bordado en oro. Venía de Chacao, Estado Miranda, después de 30 años que no venía a Maracay. Hice se informaran si se quedaría hasta el día siguiente, y dijo que no era posible. Naturalmente salí y estuve con ella más de tres horas. A las 3p.m. partió la amable amiga y yo reanudé mi retiro. Me sentía tan bien, como si no lo hubiese interrumpido”.



La comunidad del Hospital “Padre Cabrera” de Los Teques, planteó a nuestra Madre el problema presentado con las mujeres tuberculosas allí recluidas que se escapaban. Ella preguntó el motivo y le informaron que tenían hijos pequeños. ¡Ah! reflexionó nuestra Madre. La solución es fundar un hogar para esos niños, hijos sanos de padres tuberculosos. Pidamos a Dios nos depre una casa a este fin. No había trascurrido ni una semana, cuando el Padre López, párroco, informó a las Hermanas a las Hermanas de que una señora María Briceño quería donar su casa para una obra de caridad. Inmediatamente la Hermana San Ignacio agilizó el asunto, se creó la casa, en un comienzo mixta, pues se trataba de pequeños. Se organizó una escuela unitaria y se obtuvo del Estado el sueldo Para una maestra, Más adelante, se fundó otro Hogar semejante a éste.



Era un buen grupo de novicias en la casa “Fátima” en Los Teques. Había fallecido una Hermana anciana, y una de las jóvenes, días después, tomó su prótesis dental y andaba asustando a las compañeras. Una profesora le advirtió también en broma: -Déjate de eso; esta noche te va a asustar a ti la difunta. Los dormitorios eran comunes, separados por cortinas. A media noche una de las novicias se levantó en medio de la oscuridad se enredó con la cortina de la vecina que era la del chiste y le cayó encima, despertándola violentamente. Al sentir el peso sobre sí comenzó a gritar: -¡Es ella, quítenmela por caridad!, creyendo que era la difunta. El alboroto a esas horas de la noche fue enorme, de tal forma que se movilizó toda la comunidad, algunas hasta descalzas, con toallas en la cabeza, sin saber qué ocurría. La Hermana Maestra no podía ni moverse del susto. Encendieron la luz eléctrica y escucharon la narración de lo ocurrido. Consiguieron el “cuerpo del delito” bien enrollado en la cortina como una verdadero bebé, pues era de pequeña estatura. Todo se convirtió en risas hasta las lágrimas. Al referirlo a nuestra Madre, quien fue de visita, como no era capaz de reírse a carcajadas, casi se priva de la risa. -Dios mío, dijo, ¿para qué me contaron esto? Ya no podía más.



Llegué al asilo de Maracay acompañada de dos salesianas, mis maestras. Era el día de mi ingreso. No salía de mi estupor de que aquella frágil y menuda figura fuese la fundadora y Madre General. Y... ¿Ud. es la Madre General? Pregunté, a lo que ella me respondió humildemente que sí. Después de un rato de amena conversación, nuestra Madre con gran perspicacia se dirige mi persona, delgada y de su misma estatura: -¡Y yo que me esperaba una Fabiola esbelta, elegante, rubia...!

Todas reímos, pero comprendí que era una respuesta a mi primera impresión.



Un sacerdote que, en ocasiones celebraba la misa en el asilo y era amigo de la comunidad, salía enseguida de la celebración, conversaba con las personas y saludaba a las niñas. Nuestra Madre que lo había observado, finamente, con todo el respeto que el sacerdote le inspiraba, se atrevió a decirle: –Yo no entiendo cómo pueden haber personas que acabando de recibir al Señor, salgan de la capilla a conversar, sin permanecer el tiempo suficiente en acción de gracias. ¿Es que Jesús no les dice nada?, o no tienen nada que decir a Jesús? ¡Qué momentos tan preciosos! Llevan dentro de sí al mismo Señor del cielo... El sacerdote comprendió y jamás olvidó la lección.



Viajaba Con ella una Hermana a Caracas, y ésta con su voz de soprano, comenzó a cantar a la Santísima Virgen un cántico que decía: "Llévame al cielo, Madre, llévame al cielo..." Nuestra madre la interrumpió para decirle con humor: - Ahorita no, hija, ahorita no; ¡espere que lleguemos!



Existía la costumbre de que las Congregaciones religiosas femeninas, de cambiar el nombre a la aspirante antes de tomar el hábito, tal vez inspirada en la historia bíblica, cuando alude a los cambios de nombre que Dios daba a aquellos que elegía para servirle de modo especial. Yo, de 16 años de edad, tenía mi nombre preparado en honor a mi madre y a mi educadora religiosa. Ese nombre era: Hermana Ángela Elena. Lo sentía hermoso. Al acudir a la entrevista previa con nuestra Madre María, ella suavemente me pregunta:

–¿Ha elegido algún nombre?

–Sí, Madre, Ángela Elena.

–¡Ah!, añade ella, es que desde que Ud. ingresó pensé en darle el nombre de Clementina en memoria de mi papá (Clemente), mi querido papá.

¿Cómo negarme, si era más bien una deferencia? Ángela Elena, resultó Clementina de la Inmaculada.



Muy respetuosa y delicada en relación a la autoridad de las superiores locales, tuvo buen cuidado de no sobrepasar sus atribuciones y decisiones. En una oportunidad me había autorizado para ir a conocer Choróní, su querido pueblito;

pero mi superiora local no estuvo de acuerdo, y ella tranquilamente aceptó su determinación. Había un motivo y me dijo: -Lo siento, pero no puedo desautorizar a la Hermana Superiora. Será otro día.



Cuando ingresé fui destinada a dar clases de Primaria. Entonces eran dos turnos. Soy de temperamento nervioso y estaba acostumbrada a tener una siestecita a mediodía. Nuestra Madre observó que durante la recreación de esa hora, me dormitaba. Entonces con toda caridad de madre, me aconsejó: -Vaya a su habitación y duerma un rato para que reanude bien sus clases.



Le incomodaba tener deudas pendientes. En cierta ocasión, a fin de año, me envió a cancelar los honorarios del odontólogo; pero éste ya había cerrado su consultorio, por lo que nuestra Madre me pidió que fuera a llevárselo a su casa, pues no quería finalizar el año con deudas.



En otra ocasión, entre varias diligencias, me encomendó llevar un sobrecito con dinero a una persona necesitada. Este cometido no pude cumplirlo porque ya era mediodía y debía acudir al acto comunitario en la casa. Al regresar, lo primero que me preguntó fue si había entregado el sobre, y al responderle que no me había quedado tiempo, me indicó que fuera inmediatamente, aunque no participara de la oración comunitaria, porque esa señora lo estaba esperando.



Durante una de sus enfermedades, vi cuando se "escapó" de su habitación contigua a la capilla y caminando despacito apoyándose en la pared, se dirigió a la capilla para orar y ver cómo estaba nuestro Señor Sacramentado.



En determinada ocasión me encomendaron llevar la bandeja del almuerzo a nuestra Madre, lo que hice gustosa. Comenzaba mi vida religiosa. Al entregársela, le

comenté: -¡Qué sabroso! Esas bolitas de plátano verde me hacen recordar a mi madre, porque ella acostumbra a prepararlas. A partir de ese momento, cada día encontraba en mi plato, en el comedor, una bolita de plátano verde.



¡Ay Madre! Exclama un día la siempre enfermiza y entusiasta Hermana Thaís: ¿sabe qué me está pidiendo el estómago? Un trocito de carne asada del sitio X. La madre guardó silencio, y a la hora del almuerzo, Thaís encontró en su sitio un succulento servicio de su deseada carne.



Al ingresar a la Congregación, junto con el ajuar requerido, llevé mis cubiertos. Al 4º día de haber llegado me colocaron un cubierto feo y enmohecido. Bueno, protesté en voz alta, ¿qué pasará que todos los días me colocan ese dichoso cubierto mohoso?. Nuestra Madre que se encontraba cerca sin yo saberlo, se aclaró la garganta y al acudir a la recreación comunitaria, preguntó: -¿Quién es la del cubierto mohoso? Silencio sepulcral. Repitió la pregunta y confesé que era yo. ¿Ah sí? Pues de ahora en adelante utilizará el mismo cubierto hasta el día de su profesión. Y así fue. Comprendí que nos formaba en la virtud.



Apenas había transcurrido un año de mi ingreso a la Congregación, y el día de mi onomástico, nuestra Madre se me presenta con una caja de bombones, diciendo: -Por el primer día de su santo en la Congregación, le traigo este regalito.



Toda mi vida he conservado en el recuerdo un rasgo de la gran bondad y comprensión de nuestra madre María: Ingresé a los 15 años de edad, de forma que me confundieron con una de las niñas y me enviaron al internado. Al rato, nuestra Madre me manda llamar y su saludo fue: -¿Tú eres la barquisimetana? ¿Estás triste? ¿como que quieres regresarte...? Y extendiendo sus brazos, me dijo con ternura: -Has dejado una madre, sí, pero aquí tienes otra, y me abrazó.



Todavía juniora, nuestra Madre me envió a Colombia con la comunidad que se haría cargo allí de un Hospital. Permanecí dos años y había aumentado de peso de tal forma que al regresar y saludar a nuestra Madre, ésta me preguntó: -¡Mijita! ¿y de qué se alimentaban allí que viene con esos ojos de “puñalada” (rasgados y casi cerrados)



"Me alegro les haya gustado el jueguito -escribe a una familia de España que había hospedado a sus Agustinas con gran afecto- y de que haya quedado a la medida; aunque es de muy poca monta, pero lleva todo el cariño y agradecimiento de esta VIEJA RELIGIOSA DEL SIGLO DIECINUEVE"



A mediados de la década de 1950, Monseñor Rafael Arias Blanco, arzobispo de Caracas, visitó a nuestra Madre en Maracay, y en mi presencia le dijo: -Vengo a pedirle que abra una escuela en el Barrio de El Limón (Maracay). Nuestra Madre lo escuchó y pausadamente le respondió: -Vamos a ver, Monseñor, porque allí no tenemos casa. -Bueno, insistió el arzobispo, consigan el terreno y fabriquen la casa... Nuestra Madre repitió: -Vamos a ver, Monseñor...

Al concluir la visita, nuestra Madre me dijo: -Mañana va Ud. con otra Hermana al Limón a ver si consiguen un terreno. Búsqueda infructuosa. -Vuelvan, dijo nuestra Madre, hasta que lo consigan. Cerca del callejón Niño Jesús conseguiremos terreno a precio módico y de inmediato se compró y elaboró el proyecto para la edificación. Sin embargo, nuestra Madre dispuso que mientras se realizaba la construcción de la escuela, se iniciaran las actividades en un local adyacente a la capilla del Niño Jesús. Se comenzó así una escuela unitaria con mucho sacrificio. Desde el Asilo, en el centro de Maracay, íbamos todos los días a pie a impartir las clases en la escuelita que denominamos “Madre María”.



Para entonces El Limón era un sector sub-urbano, con grandes extensiones de gramalote. En el transcurso de la construcción nuestra Madre nos visitaba con frecuencia; le encantaba pasar allí sus ratos; y a sus 80 años de edad, cuando llegó el momento de plantar, ella misma, sentada en su sillita dirigía la siembra.



De postulante en Maracay, aquel día me correspondía preparar el desayuno. La cocina estaba cerca de la capilla. De improviso, al halar una de las tapas de las ollas, como estaban colocadas en orden, se vinieron todas abajo produciendo un estruendo. Enseguida estuvo allí nuestra Madre preguntando qué había ocurrido. Al explicarle el incidente, me dijo a media voz: –Hay que tener mucho cuidado con el silencio cuando la comunidad está en oración, y se retiró.



Campo abierto me dirigía hacia la capilla, incensario en mano, cuando de repente un soplo de brisa me tumbó el velo; por sostenerme el velo dejé caer el incensario y se quebró. En ese momento venían nuestra Madre y la formadora. Esta me reprendió: –Ahora Ud. lo manda a reparar. Intervino nuestra Madre y dijo: –Pobrecita, no ha tenido culpa. Mande a otra, y se sonrió conmigo.



En 1959 vino a Venezuela y visitó a nuestra Madre, el padre Taboada, misionera en la India. Solicitaba ayuda económica para la formación sacerdotal de un seminarista de aquel país, y de inmediato mostró una serie de fotografías para que eligiésemos uno de ellos. “Escoja Ud. uno”, me dijo nuestra Madre, porque a ella no le gustaba aparecer en las ayudas que daba. Le respondí que nuestra casa (obra) se sostenía con la recolección de limosnas. Ella insistió: –No se preocupe, coloque alcancías en diversos lugares de modo que pueda sufragar esos gastos. Acepté y escogí la fotografía de un joven llamada Javier. Las alcancías fueron proporcionando lo suficiente y yo hacía los envíos a la India. Mediante estas alcancías, iniciativa de nuestra Madre María, se han obtenido ayudas que han permitido sostener vocaciones sacerdotales no sólo en Venezuela, sino en África, la India, misiones de Brasil, Infancia Misionera, lo cual era una complacencia para su corazón tan misionero. Esta ayuda iba reforzada por la oración constante. Mantenía correspondencia con los distintos misioneros a quienes ayudaba económica y espiritualmente.



En 1959, próximos sus votos perpetuos, la Hna. Thaís, siempre enferma, manifestó a nuestra Madre que prefería retirarse de la Congregación, antes que convertirse en una carga para la misma. Nuestra Madre serenamente le respondió: – No se vaya, que si Dios la envió aquí fue por algo. Si Ud. llega a los 50 años (de edad), de ahí en adelante es cuando va a gozar de salud. La Hermana se rió incrédula, y nuestra Madre dándole unas palmaditas en el espalda, se limitó a responder: –¡Ud. verá..! Después de 4 años inválida en sillas de ruedas y posteriormente en cama, con más de 30 intervenciones quirúrgicas, cumplidos sus 50 años en 1982 caminó



expeditamente, aprendió a conducir y fue superiora muy activa. **Sometido a proceso, este hecho constituyó el milagro para la beatificación.**



A una formadora, muy querida para ella, con quien no estaba de acuerdo en algunos criterios, le escribe la siguiente nota: —“...Pues, Hermanita, si ya Ud. dio con la clave, dígamela, pues yo, misericordiosamente, no conocí el mundo sino después de fundada la Congregación, ¡y no del todo!, y como no soy fisonomista, no puedo saber en qué adolece (la aspirante). Ud. que ha estudiado, sabe. ¿A qué esperar si yo le observo algo?”.



Era yo juniora, recién profesa, y me encontraba en compañía de nuestra Madre en su oficina. Estaba ella dedicada a su trabajo, cuando entró una Hermana, y luego de saludarla y pedir su bendición, con manifiesto enfado descargó sus quejas sobre una de las Hermanas estudiantes en el vecino colegio donde ella era directora. Nuestra Madre la escuchó en silencio. Al retirarse la enojada, me dio una explicación:

—Ud. estará preguntándose el por qué de mi silencio. Es muy inútil y contraproducente trata de hablar con quien está alterado. Cuando se le haya pasado la ofuscación, hablaré con ella.



En esta misma tónica, existe una preciosa carta de nuestra Madre a una de sus hijas (superiora) con quien siempre mantuvo cordiales relaciones, pese al fuerte carácter de ambas. Gracias a la confianza que entre ellas reinaba, podemos disfrutar su contenido con rasgos tan propios de la autora:

“Recibí su carta ayer. No, no sufra. La Madre María, así como tiene el hígado de grande, cree tiene su corazón y siempre, siempre es la misma Madre María: Su única mira es el cielo, lo demás le importa nada. Sí llama la atención y trata de encaminar a Dios las almas a ella confiadas; pero no, ningún otro interés tiene en ello, él lo sabe... No se preocupe por nada. Ud. puede decirme lo que su gran franqueza quiera. No tergiversar las lecturas, no; la franqueza para decir a los superiores todo, es cierto, pero como las dice el amor propio herido, no... Pues, Hermanita, cuando su amor propio se amortigüe un poquito y la sangre se le enfríe un tanto, le diré lo que mi deber y mi conciencia debe; entretanto sigamos en paz. Dios le hablará a su buen corazón y le hará comprender lo que quiero de Uds. todas”.



Acostumbraba la Madre María reunirse con el grupo de aspirantes, ordinariamente en las primeras horas de la mañana antes de iniciar su trabajo diario.

Aquella comunidad de Maracay —casa madre entonces— era una comunidad numerosa y heterogénea. En el transcurso de la conversación, se presenta una Hermanita entrada en años y le formula un reclamo a nuestra Madre. La Madre María con su habitual prudencia y educación, guardó silencio. Al retirarse la Hermana, la disculpó diciendo:

—Esas son ligerezas de la Hermana...

Y continuó dialogando tranquilamente con el grupo.



La comunidad del Asilo estaba reunida en la capilla dispuesta a iniciar las oraciones de la tarde. Cerca del altar, en el rinconcito preferido de la Madre María estaba ubicado un micrófono para dirigir la oración. Pasan los minutos y la oración no comienza. Al fin se desplaza una Hermana y se dirige al micrófono con el propósito de suplir a la responsable que no llega. La Madre María en voz baja le pregunta:

—¿La Hermana le pidió el favor?

—No, Madre, pero como ya es la hora y...

—Regrese a su sitio. Tienen que aprender a ser responsables...

Así desfilaron dos Hermanas más y les ocurrió igual. Sólo una hora después, cuando se presentó la responsable —una Hermana bastante joven que había salido a la catequesis parroquial— comenzó la oración comunitaria. ¡Qué lección!



Ingresé en Maracay antes de cumplir 15 años y era sumamente tímida. Diariamente el grupo de las aspirantes —éramos 7— se encontraba con nuestra Madre de 8 a 9 de la mañana. Como yo era tan silenciosa, me parecía que pasaba desapercibida. La víspera de tomar el velo de postulante, nuestra Madre colocándose la mano en la frente como para ver mejor y dirigiéndose a mí, me dijo muy seria:

—Aspirante, Ud. no va a tomar el velo.

De momento guardé silencio y luego lo referí a mi maestra con mucha tristeza, interpretando que debía regresar a mi hogar. La santa Hermana sonrió y me dijo:

—Es sólo una prueba. Haga su retiro y tenga todo preparado.

A pesar de ser la segunda en ingreso, pedí a mi maestra me dejara el último lugar en el momento de la ceremonia. Así fue. Delante de mí quedó una compañera de raza alemana y de extraordinarias proporciones que cubría mi figura. Nuestra Madre al no verme, llamó a la maestra y le susurró algo al oído. Yo pensaba: —¡Dios mío, qué irá a pasar aquí!

Nuestra Madre hizo un gesto con la mano para que me acercara de primera; se tomó todo el tiempo para deslizar hacia atrás mi larga cabellera y colocarme el velo. Luego, me dio un abrazo, me felicitó, me obsequió de recuerdo los medicitos (monedas) según su costumbre, y continuó con las restantes.



En mi trato personal con la Madre María acostumbraba llamarla “nuestra Madre”. En una oportunidad que dirigiéndome a ella le dije solamente “Madre”, me reclamó:

—Así no es como Ud. me trata, ¿qué pasa? —No imaginé que lo notaría.



Al concluir mis estudios de Educación Normal, fui destinada al colegio “Nuestra Señora de Coromoto” en Maracaibo. Transcurrido un tiempo y, para mi sorpresa, nuestra Madre envía una carta a la superiora de la comunidad, y entre otros asuntos, le pregunta: —“¿Qué le sucede a Sor X, que no me escribe? Pregúntele si es que descubrió algún Potosí”.



De adolescente, mi primera gran aspiración fue el baile y el teatro. Cuando apenas contaba cuatro años de religiosa y bastante joven, viajé con nuestra Madre y otra Hermana (no recuerdo el motivo), a visitar nuestra casa de Palmira, Estado Táchira. Presente nuestra Madre, en la sala de la comunidad comenzó la radio a transmitir un alegre programa de música venezolana. Me sentí con libertad de dar unos pasitos al ritmo de aquella música, por lo cual la otra Hermana, seria y de edad madura, me reprendió el gesto. Yo, muy contenta, le respondí: —Pero aquí está nuestra Madre y ella no me ha dicho nada, y continué bailando. Nuestra santa Madre María, se sonrió en silencio. No le dio importancia.



Una novicia con antecedentes asmáticos carraspeó repetidas veces durante un acto comunitario en el que participaba nuestra Madre María. Al concluir éste, llamando aparte a la novicia, le pregunta: —¡Mijita! ¿y qué es lo que le ocurre a Ud. en esa garganta? ¿quiere saber cuántas veces carraspeó? Mire, le dijo mostrando el rosario, tantas cuentas de mi rosario he recorrido durante este rato... Había estado contando silenciosa en esta forma.



Durante muchos años su menú en Maracay fue rutinario y jamás se permitió exigir o rechazar algo del mismo. Comía en silencio lo que le servía la Hermana. En una de sus visitas al noviciado de Los Teques, le aderezaron un servicio de pasta, el que aceptó complacida, comentando: —Desde antes de fundar la Congregación, no había vuelto a saborear una pastica así... El mismo gusto manifestó ante una pequeña ración de quinchonchos frescos que le ofrecieron.



Era yo estudiante en el colegio Inmaculada de Maracay y me enviaban a colaborar con nuestra Madre en la elaboración de Hostias. Cuando estaba de pie, tenía la costumbre de colocarme las manos sobre la cintura. Un día, nuestra Madre me dijo:

—¡ Ay, hija! No se pare como una jarra!



En otra oportunidad en su despacho, observando que yo, un rato le ayudaba en las hostias y otros rato estudiaba, me protestó suavemente: —Con dos ocupaciones al mismo tiempo no se puede. O atiende a las hostias o atiende al estudio. Elija una.



De postulante en Maracay me destinaron a ayudar a nuestra Madre en el hostiario. Al principio me sentía nerviosa trabajando a su lado y se me quemaba la harina, hasta que finalmente, aprendí. Una vez, nuestra Madre muy amablemente me ofreció un trozo de casabe (torta de yuca) que a ella le gustaba mucho. Como le respondí que no era de mi gusto, me replicó vivazmente: —¡Zoqueta!



Cuando ingresé era la menor de mis hermanos, tenía apenas 15 años; muy miedosa, y no me gustaba dormir sola. Me impresionaron aquellas habitaciones individuales y austeras. Solución: pedí a una compañera me permitiera pasar mi colchoneta a su habitación; así estuve una semana hasta que las Hermanas me dijeron que no estaba permitido. Al acudir a la entrevista con nuestra Madre, llevaba

muchísimo miedo por lo que había hecho. Intenté decirle y luego pasé a otra conversación. Cuando ya me despedía, me advirtió: —Ud. comenzó a decir algo... hable, hable. Al explicarle todo, colocándome la mano sobre el hombro, me tranquilizó diciendo:

—Eso no es ninguna falta, pero vamos a hacer algo. —Durante esta semana le voy a permitir que continúe en la habitación de su compañera y le va a pedir a la Santísima Virgen y al ángel de su guarda que la acompañen y verá que el miedo desaparece. Efectivamente, así lo hice y, adió miedo.



Era yo postulante en Maracay, cuando ingresó una aspirante y al verla me sorprendí pues la conocía como religiosa de otra Congregación. Pasado un rato nuestra Madre me llamó, y ofreciéndome unos recortes tostaditos de harina que sabía me gustaban, me preguntó: —¿De dónde conoce Ud. a la aspirante? De Barquisimeto, respondí. Sí, pero de qué se ocupaba? Cuando le expliqué, me dijo: —Muy bien, ya lo sabía, pero quería probar su sinceridad y confirmar la verdad.



Parte muy especial del apostolado de las agustinas, además de sus obras benéficas, era la catequesis y evangelización en los barrios de Maracay y las visitas a domicilio. En una de estas visitas —no recuerdo si durante una misión popular— entré a una casa donde vivían tres ancianitas y una señora joven, dueña de una bodega. En el transcurso de la conversación salió a relucir la Madre María de San José. Las ancianitas se llenaron de alegría al tener noticias de la Madre, de quien fueron vecinas en su juventud. ¡Laura! Cómo la recordaban... Cuando preparaba dulces, tenía la fineza se obsequiarles. Por razones que desconocemos, no había vuelto a encontrarse; pero ¡cuánto deseaban verla! Una de las ancianitas era ciega.

Al regresar al asilo y referirle este hecho a nuestra Madre, se alegró muchísimo; sí, las recordaba.

—¡Ay, Dios, cuánto tiempo!

—Dicen que se alegrarían mucho de verla nuevamente.

—Yo también, claro...

—¿Quiere que vengamos a buscarla?

—Sí, el miércoles (era fin de semana).

Entonces contaba nuestra Madre 87 años de edad.

Es de suponer el gozo del reencuentro en aquella casita en el barrio de la Coromoto. La familia tenía un corra con gallinas y otros animales. Nuestra Madre les había llevado un obsequio, y ellas le retribuyeron con una cesta de huevos y un conejito blanco, que luego recreaba su vista saltando por los pasillos del asilo. Un día que nuestra Madre lo contemplaba, la Hermana Teresa Silva le tomó una fotografía que conservamos. Con las manos hacia atrás, actitud muy característica suya.

Para ella la amistad era algo grande, sobre todo las de la infancia y juventud. Cuando iba a Caracas, pedía la llevara a Chacao, a visitar a su antigua maestra.



Desde la época que Maracay era un simple pueblo —sólo existía una Iglesia, hoy catedral— el Padre López Avelado, la Madre María y sus religiosas, preparaban grupos de niños y niñas para su Primera Comunión. Llegaron a constituir centenares. Para el efecto, se organizaban retiros espirituales en el asilo. ¡Con qué gusto numerosos maracayeros recuerdan aún aquellos días de retiro!

Inicialmente, en los Estatutos del Asilo (1905), nuestra Madre escribe:

“Se admiten niñas de cualquier edad para prepararlas a la Primera Comunión, y podrán pasar en el Asilo los tres meses necesarios para dicha preparación, dándoseles el alimento si son pobres, y si no lo son, se lo mandarán de sus casas”.

Más adelante y hasta aproximadamente el año 1962, serán grandes grupos, no sólo de la parroquia, sino de las escuelas oficiales donde las Hermanas impartían la catequesis; por lo tanto los retiros de tres días pasaron a ser mixtos. Dado el crecido número de alumnos (se quedaban seminternos), las Hermanas se vieron precisadas a solicitar la colaboración de las aspirantes y postulantes para su mejor atención. A hora del almuerzo ¡había que ver! ¡Y aquellas inmensas ollas llenas!

En 1960, entre el grupo de las jóvenes aspirantes-catequistas, se encontraba una quinceañera, de ojos claros, sonrosadas mejillas y llamativas crinejas de color castaño, conjunto que resaltaba dentro del marco de su uniforme azul.

Varios de los mayorcitos comenzaron a inquietarse ante aquel rostro angelical que les hablaba de Dios. Llegado el momento de prepararse para la confesión, para despejar dudas de conciencia, se dirigen nada menos que a la Hermana Casta y le preguntan que si es pecado estar “enamorado” de la aspirante. La respuesta de la Hermana, la desconocemos. Lo cierto es que enseguida fue a notificar el asunto a la Madre María, quien reaccionó:

—¡Míralos, pues! ¿qué se habrán creído? La aspirante que suba a sus habitaciones (el aspirantado funcionaba en el segundo piso), y se encargue allí de cumplir otros deberes.

No están en lo que deben estar... musitó refiriéndose a los primo—comulgantes.



Por general consenso de las Hermanas, la Madre María gobernó la Congregación desde su fundación en 1901 hasta 1960, con ocasión del Capítulo General que eligió como superiora a la Hermana Águeda Lourdes Sánchez. La Madre María le escribe una nota en la que le dice: “Por el amor de Dios, acepte. Se lo suplico”.

Presentes al Capítulo en Maracay estaban Monseñor José Alí Lebrún y el padre Carmelo Lerga, agustino recoleto.

Su actitud fue impresionante: de rodillas pidió perdón por las faltas cometidas durante su gobierno y presentó obediencia a su sucesora con una humildad que arrancó lágrimas a los presentes, conocedores de su trayectoria de santidad.



Después del Concilio Vaticano II, la Iglesia exigió ciertas adaptaciones. La nueva superiora general, propuso entre otras, algunas modificaciones relativas al hábito religioso, por ejemplo el cambio del crucifijo. La primera que quiso usarlo fue la Madre fundadora, expresando con ello su aceptación, y agregó con sencillez: -Si me ordenasen vestir el hábito azul o de otro color, gustosa obedecería.



Era detallista y le gustaba tomar nota de fechas de cumpleaños, de fallecimiento de seres queridos, etc. Me sorprendió gratamente encontrar dentro de uno de sus devocionarios un pequeño recorte de papel con la siguiente nota:

-El primer jazmín de la mática abrió el 8 de julio de 1962.

Todo escrito en letra mayúscula porque su visión estaba ya muy limitada.

Quizás se trate del jazmín que sembró en la casa noviciado de Los Teques. Sus flores predilectas: la azucena, el nardo y el jazmín.



Dos años antes de su muerte, la Madre María viaja a Los Teques a conocer la nueva fábrica para el noviciado en el barrio Quebrada de la Virgen. Al notificarle que nos aprestábamos a celebrar el cumpleaños de una Hermana con una pequeña velada, exclamó:

-Si es así, me quedo...

-Madre, pero va a ser en el segundo piso...

-No importa; hasta la azotea puedo subir.

Y así lo hizo. Había cumplido 90 años. Ya en la azotea divisó el tren de "El Encanto" a corta distancia, y ¡qué alegría manifestó!

-¡Qué lindo! Exclamaba emocionada recordando sus viejos tiempos de Maracay. Desde entonces, cada vez que iba a Los Teques, se apresuraba a pedir que la acompañaran a la azotea a las 8 a.m. para ver el tren.



En el año 1962, recién graduada de maestra ingresé a la Congregación, después de vivir y superar toda una odisea ante la oposición familiar. Ya en Maracay, sin compañeras allí, lloraba mucho. Nuestra Madre siempre observadora, un día que iba a la ciudad de Los Teques, me invitó a acompañarla; permanecemos tres días, al cabo de los cuales me ordenó escribir a mi familia cada semana, de manera que se fueran calmando los ánimos. Así lo hice y además para mí fue un gran consuelo.



Nombrada la nueva Superiora general, nuestra Madre María, para entonces de 85 años de edad, la acompaña al comienzo de las visitas a las casas locales. Unos años más tarde, se empeñó en viajar con su sucesora a Pamplona, Colombia. Al llegar a la ciudad de San Felipe, Estado Yaracuy, se detienen para visitar a una de las Hermanas ancianas que se encuentra muy enferma. Tratan de disuadirla de aquel viaje a otra nación; pero ella argumenta que le urge proseguir. En Barquisimeto, ciudad cercana a San Felipe, visitan al señor obispo de la diócesis, quien reservadamente le dice a la Madre Águeda: —La Madre está ya muy ancianita para andar de viaje, ella va en camino a la eternidad. Nuestra Madre captó el criterio del obispo y, volviéndose hacia la Madre Águeda, ocultamente le hizo un gesto de que no era así. —Y si Ud. no va, yo sí voy, le dijo decidida. Y partió con otras dos Hermanas. Largas horas de viaje por tierra hasta llegar a Pamplona, donde anteriormente le había propuesto una fundación. De paso, visitó a una religiosa llamada Sor Fructuosa, que tenía fama de santa, tía de una novicia.



En 1963 sufre trombosis en una pierna y debido a un medicamento administrado se le quema la piel, ocasionándole grandes sufrimientos. Quiere preparar todo para su muerte y solicita permiso para ser sepultada en la sacristía de la antigua casa del asilo. Monseñor Feliciano, obispo de Maracay determina que se abra la fosa de la capilla, al lado del altar. Un día fue a observar el trabajo y manifestó cierta turbación, exclamó: —¡Dios mío! ¿por qué han hecho esto? ¡Yo pedí en la sacristía! Y la urna, quisiera que me colocaran la que me fabricó Octaviano (su hermano); una urna de pino sin forrar, que desde hacía mucho guardaba en casa.



Durante los años 1964 y 1965, se le agudiza la enfermedad de la vista (glaucoma) y se somete a un tratamiento médico durante algún tiempo. El Dr., luego de otra consulta en Caracas, muy discretamente le da de alta. Ella le obsequia una Biblia, que el Dr. Pide se la dedique. Allí mismo, con su “rayito de luz” que



conservaba, le escribe: "Al muy apreciado Dr. Talayero, por sus atenciones para conmigo. Madre María" Al salir del consultorio le dice con tristeza a la Madre Águeda: —El Dr. Me engañó. Paciencia.



Seis meses antes de su deceso, se fundó anexa al asilo Inmaculada Concepción de Maracay, la escuela, cuyo actual nombre se debe al supervisor, quien de visita en la misma, tuvo ocasión de conversar largo rato con nuestra Madre cerca del jardín. Al entrevistarse con la Hermana directora, le expresó: —¿qué necesidad tenemos de buscar nombres de santos de otros sitios para la escuela, si aquí mismo está una? Y le dio el nombre de "Madre María".



En una ocasión que sufrió una asfixia muy fuerte, se preocuparon las Hermanas de que recibiera la unción de los enfermos; ella asintió diciendo: —Está bien, pero la partida no es todavía.



La última vez que fue a Caracas, visitó el sepulcro del siervo de Dios, Dr. José Gregorio Hernández y a las comunidades de los dos colegios nuestros en Caracas. Al despedirse, dijo a las Hermanas: —Hasta el cielo. No volveré. ¡No volveré!



El 2 de junio de 1966, presenta fiebre alta. El médico diagnostica bronconeumonía y ordena reposo absoluto. Enseguida, recibimos la grata visita del Dr. Oscar Beaujón, insigne médico de Coro, Estado Falcón, administrador de su obra en aquella ciudad, quien solicita por favor tomar a la Madre una fotografía. Le advertimos su estado, pero él insiste. Ya en su lecho, pensamos que ella no aceptaría; sin embargo, al notificarle, dice: —Sí, que pase, y agrega con naturalidad al saber que se trata de una fotografía: — Arrégleme la esclavina. Días después, en un momento que quedó a solas con la Hermana enfermera, preguntó a esta. —¿Sabe Ud. dónde guardaron las fotografías? — Sí, le respondió. —Entonces, búsquelas y me las muestra, concluyó nuestra Madre.



Después de visitarla en su lecho de enferma, el Dr. Beaujón, miembro de las Academias Nacionales de la Medicina y de la Historia, describe así sus impresiones:

“Una viejecita con historia y pasta de santa; sencilla, modesta, de poco y pausado hablar; casi no se le oían palabras que emití como un susurro de dulce y agradable armonía. Delgado y reducido el cuerpo, ojos que han debido ser brillantes y escrutadores, casi apagados... rostro sereno de artístico perfil, muy suaves los pocos gestos de su mano, que a veces se levantaba como en una bendición.

Durante su larga existencia, la Madre María ha llevado una rigurosa vida de santa, con las más hermosas y extraordinarias expresiones humanas de santidad.

...Efectivamente, al contemplarla en su modesto y limpio lecho, solícitamente atendida por sus hijas espirituales, se experimenta una extraña sensación de recogimiento y admiración por esta gran venezolana cargada de historia buena y rodeada de una dulce aureola de humildad”.



Entre las numerosas personas allegadas que la visitaban en su lecho de enferma, se presentó una de sus más queridas protegidas, a quien había cultivado con especial esmero y amor, y quien después de pasar un tiempo de religiosa, decidió retirarse para contraer matrimonio, con el consiguiente indescriptible dolor de aquella Madre. Al despedirse la visitante, conmovida nuestra Madre, le dijo: —Sí; dejas al Esposo divino. Te vas a casar; pero no verás hijos. En efecto así sucedió.



El 12 de Septiembre de 1966, último onomástico de la Madre María, fue visitada por el obispo de la diócesis, Feliciano González a quien conocía desde seminarista y de cuyo aprecio gozaba. En un gesto de veneración hacia su persona, Monseñor despojándose de su pectoral, se lo impuso a la Madre diciendo:

—Esto, quien debe llevarlo es Ud.

—¡Ay Dios!, se limitó a exclamar la Madre sorprendida y humilde.

Monseñor quiso una fotografía del momento y fue tomada por la Hna. Teresa Agüero, muy amiga de la Congregación desde su juventud, y quien también se encontraba de visita felicitando a la Madre.

Estábamos a seis meses de su despedida final.



Le interesó siempre mantenerse informada a través de la prensa y de la radio. Cuando ya la enfermedad no le permitía hacerlo por sí misma, pidió a una Hermana: —Por caridad, encárguese Ud. de leerme todos los días los titulares de la prensa.

Si alguno le interesaba particularmente, pedía se lo leyera. Igualmente ocurría con la revista “Vida Religiosa” y “Venezuela Misionera”, aparte de vidas de santos.



Estudiante en el Colegio Inmaculada Concepción, acostumbraba a ser muy dicharachera con la Madre María, y a ella le gustaba verme alegre. Ya estaba enferma cuando la acompañé a mi superiora a visitarla al asilo. Sabía que la Hermana el informaría del inminente cierre del colegio por razones económicas, e imaginando lo que esta noticia significaría para nuestra Madre, me senté silenciosa en el pretil de su habitación, donde yacía la cama. Dado que casi no veía, trataba de observarme, sin lograr reconocer aquella muda. Concluida la visita, preguntó quién era y mandó llamarme:

—¿Qué le ocurre, me preguntó, que pasó ahí todo el tiempo como un burro embarcado? Ud. no es así...



En consideración a su estado de salud y permaneciendo tanto tiempo en cama, la Hermana enfermera, hábilmente abrió una colchoneta con la mitad y la colocó sigilosa sobre la dura tabla que le servía de lecho. Al acostarse de nuevo, palpó un cuerpo extraño y preguntó qué era. La Hermana le confesó la verdad y de inmediato lo rechazó diciendo:

—No, mijita, no. Retire eso de aquí. Dios le pague.



Dentro de su cuadro clínico, el lunes de Pascua, demuestra mejoría y sobre todo, el martes de resurrección; es impresionante hasta el tono de su voz, como en tiempos normales. Asistió a la misa y como a propósito se le había retirado el reclinatorio, se arrodilló en el suelo.

—Madre, ¡por Dios! ¿qué hace?

—¿Para qué lo quitaron? Respondió.

Después de la comunión permaneció de rodillas. Al cabo de dos horas ante la Divina Eucaristía, casi a la fuerza la hicimos levantar para que tomara algún alimento, el mismo ligero desayuno de toda su vida.

—¡Ay Dios! ¿por qué no te aman como mereces?, repetía ensimismada.

¡Qué fortaleza! Comentaban algunos a su alrededor.



Dado que no podía levantarse a misa diariamente, las Hermanas adaptaron un equipo de sonido a su habitación cercana a la capilla, de modo que tuviera el consuelo de escuchar desde ahí la santa misa. En uno de esos días, con especial satisfacción pregunta:

—¿De dónde es ese coro de niños que cantó tan lindo durante la misa? ¿Es el de los padres benedictinos? (capellanes).

No sé qué respuesta dieron las Hermanas, pues no hubo tales cantos. Fue algo celestial, sin duda.



Afectada por la hemiplejía izquierda, mantenía su rosario en la mano derecha, orando constantemente. Dicho rosario –de rosas de santa Teresita– se le extravió, e inútilmente palpaba buscándolo sobre el cobertor de su cama donde yacía postrada. Al verla en este afán, las Hermanas le consiguieron otro igual y lo colocaron secretamente a su alcance. Al tocarlo, lo palpó y para mayor seguridad, aspiró el perfume de rosas. Así, sí: convencida que era el “suyo”, continuó orando, siempre en silencio.



En el transcurso de los últimos días, presentó particular desasosiego, perturbaciones: se veía al borde del infierno, un abismo de fuego, y oía gritos espantosos de los endemoniados. Se sentía sin mérito alguno para entrar al cielo. ¿Qué bien había realizado? Oren por mí, suplicaba.

Atacada por bronconeumonía, con fiebre altísima, parecía delirar.

—Llévenme a mi casa, insistía. Esta no es mi casa...

En horas avanzadas de la noche y a fin de tranquilizarla, a la Hermana Mónica, su enfermera de esos días, se le ocurre tomarla en brazos, dale un recorrido por los pasillos y llevarla de nuevo a su habitación.

—¡Zoqueta! Le recriminó nuestra Madre. —¿Creen que soy boba? Me pasea y me trae al mismo sitio— faltaban cuatro días para su deceso.



Antes de su muerte, nuestra Madre me mandó a llamar, lo que fue imposible por razón de haber sufrido yo un infarto. Enseguida de la recuperación viajé a su lado y la encontré casi agonizante. Oré y le supliqué por caridad, me manifestara en alguna forma lo que había querido decirme antes. Me retiré al comedor de la comunidad en silencio y oí claramente su voz que me dijo:

—Hija mía, quiere mucho a tus Hermanas y ama mucho a tu Congregación. Lo que siempre nos pedía.



Era yo monaguillo de la Iglesia de Maracay con Monseñor Hilario Cabrera y el padre Barreto, y con frecuencia ayudaba en misa en el asilo de las Hermanas Agustinas. Los padres benedictinos (capellanes del asilo durante 40 años), celebraban la misa diariamente y a veces llevaban sus monaguillos, y entonces yo, un poco triste, me colocaba a un lado de la Madre María. Ella me observaba, hasta que me dijo una vez con mucha seguridad y afecto:

—No se preocupe, hijo, que **algún día** Ud. servirá al altar.

Nací en 1936 y después de tantos años, fui ordenado sacerdote precisamente en Maracay, a los 20 días de la beatificación de la Madre María, el 27 de mayo de 1995. Durante la ordenación no pude menos de recordar aquellas palabras proféticas de la beata María, cuando apenas era yo un niño.

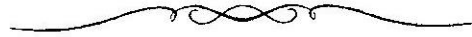


“Mi cuerpo no será devorado por los gusanos” había pronosticado en vida la Madre María. En realidad, sucedió así. El 23 de diciembre de 1993, Roma aprobaba mediante decreto el milagro obrado en la persona de la Hermana Teresa Silva, quien después de larga enfermedad, más de 30 intervenciones quirúrgicas y cuatro años de invalidez total a consecuencia de osteoartrosis, curó repentinamente luego de cumplir sus 50 años de edad, según le había profetizado la Madre María.

Aprobado el milagro, la Iglesia permite la exhumación del cadáver. Su cuerpo se hallaba sepultado en la antigua capilla del asilo tan amado para ella. La exhumación se llevó a efecto el 19 de enero de 1994 a las 9 a.m. con todas las legalidades del caso, y se halló su cuerpo incorrupto; además íntegro el tallo de las azucenas que habían sido colocadas sobre su pecho 27 años atrás, y verdes sus hojas. La cruz de madera, intacta.

Llamó la atención de todos el hecho que, debido a la gran humedad que presentaba el subsuelo, el ataúd se encontraba en pésimas condiciones; más su cuerpo y lo que en él reposaba, se había conservado. Ni el más mínimo olor, ni insecto alguno. Uno de los médicos dijo:

—Se encuentra en estado purísimo.



En el acto de exhumación estuvieron presentes los doctores Omar Avendaño, su antiguo cardiólogo y ahora testigo; Aquiles Lara, anatomopatólogo y Pedro Guzmán Ferrer, forense.

En relación a este último, Dr. Guzmán, presentamos uno de los tantos casos excepcionales publicados en el libro: “Milagros y gracias de María de San José” – 1997 – y es el siguiente:

La tarde del 2 de julio de 1996, los doctores Guzmán Ferrer, Félix Pino y Rafael Arévalo, deben someter a cirugía de columna a una paciente especial, señora Juana: reintervención –obesidad considerables–paciente diabética–un solo riñón.

“Después de dos horas de cirugía, las alarmas activaron sus angustiantes señales. Inminencia de un paro cardíaco. Situación crítica por grave hipotensión mantenida por 45 minutos, con un solo riñón que casi no excretaba... El cerebro sin recibir oxígeno durante tanto tiempo podría sufrir grave daño y quedar la paciente en vida vegetativa... Casi al amanecer, un colega me comunicó:

–Todo está perdido... discuten si se retira el respirador; parece que hay muerte cerebral...

Brilló en mí una esperanza: Me retiré a un sitio apartado, me despojé de toda vanidad y humildemente supliqué a la Madre María de san José. Le “recordé” mi presencia cerca de ella aquel 19 de enero durante la exhumación...

La paciente reaccionó, felizmente coordinaba... ¡Gracias, Madre!

–Con humildad le dije: Le debes la vida a la Madre María de San José. Agradécele”. (Testimonio escrito del Dr. Guzmán F.)



Inicialmente, conocí el caso a través de otro médico. Quise entrevistar a la señora, que después de obtener el informe escrito del Dr. Guzmán F.

–Señor Juana, le pregunté: ¿Mientras acá luchaban por devolverla la vida, Ud. qué?

–Me vi frente a dos caminos, uno de flores vivas y otro de vegetación seca. No sabía cuál elegir. Cuando intenté seguir uno, percibí muy clara una suave voz que me detuvo:

–No, hija, no prosigas, debes regresar. Fue cuando “desperté”...



Las acciones de gracias tributadas a Dios por favores recibidos mediante la intercesión de la beata María, son de la más diversa índole, no sólo de salud. Ella es para sus devotos como un ángel tutelar, es la Madre espiritual compañera en el camino de la vida que, a través de sus gracias los acerca a Dios. Ella hace presente a

Cristo resucitado repartiendo alegría y esperanza en los corazones de niños, jóvenes y adultos. Hoy como ayer, su misión es distribuir bondades y con ellas alegrías.



**“De lo que sabemos hablamos; de lo que hemos visto damos testimonio”**

Palabras de Jesús a Nicodemo, maestro en Israel, evangelio según san Juan 3,11.

A manera de anécdota conclusiva, quiero dar fe del permanente “milagro” que representa el Hogar (asilo) Inmaculada Concepción de Maracay, fundado por la Madre María en 1905, “confiando en la Divina Providencia”.

Mi experiencia vivida es la siguiente:

Emitida mi profesión religiosa perpetua, y después de varios años en el exterior y otros tantos sirviendo en el cargo de Maestra de novicias, por obediencia me inicié como superiora en el Hogar Inmaculada Concepción de Maracay.

Ya en esta ciudad, mi primer pregunta versó sobre las reservas económicas de la obra, pues en ella recibía 70 personas bajo mi responsabilidad: las niñas internas y la comunidad religiosa.

Se me respondió que no existían, que éste no funcionaba de esa manera, sino que de su mantenimiento se encargaba la Divina Providencia, actitud heredada de su santa fundadora.

Muy hermoso; pero me sentí tan asustada y preocupada, que sólo Dios sabe. Oré y lloré ante el sagrario de la capilla.

La Hermana Albertina Mora —Dios la tenga en su gloria— curtida en la virtud bajo la sombra y el ejemplo de la Madre María, me consoló diciendo:

—No te preocupes; eso llega; Dios lo manda...

—Y... ¿cuándo? Pregunté yo impaciente y nerviosa. Son 70 estómagos, Hermana, y no puedo decirles que se detengan.

—Tranquilízate, insistía la calmada Hermana. Ya verás; cuando comiences a experimentarlo, te sentirás mejor. Espera un poco. Hablaba la experiencia.

Efectivamente. Las colaboraciones fueron llegando como una bendición, no sólo del “generoso pueblo de Maracay”, según frase de nuestra Madre, sino de otros

lugares. Y de la misma forma que aquel principio, el asilo Inmaculada Concepción, ha contado siempre con lo necesario, gracias por una parte al subsidio oficial (desde 1912), y por otra, a las donaciones fijas u ocasionales de personas de buena voluntad. Esta experiencia la viví durante 9 años y así continúa. Es impresionante.

Por ello, por propia convicción he afirmado y afirmo que este Hogar con 93 años de existencia, constituye un monumento de la acción providencial de Dios (un "milagro") y a la vez, de la generosidad de un pueblo, gracias a la fe inmovible de esta gran venezolana cuya obra social nacional alcanzó 38 instituciones.

Dios se bendito.





## LA MADRE MARÍA

### I

La prístina virtud que brilla en ella  
es bondad de su alma sobrehumana  
y la bondad fulgece como estrella  
en esta gran mujer venezolana.

Acercarse a su espíritu es fontana  
de la gracia de Dios porque en toda ella  
refulge la ternura meridiana  
que su vida de santa pura sella.

De santidad total es alto templo  
y cuando se la mira en su silencio  
es como penetrar en sacro templo.

De leyenda y verdad, sueños e historia  
por eso yo la admiro y reverencio,  
porque es de Venezuela excelsa gloria.

### II

Santa Madre María, santa y pura  
con esa sencillez de la violeta  
y del alma colmada de ternura  
e infinita bondad dulce y secreta.

En Choroní envuelta en la serena  
blanca neblina, el corazón amado  
nació a la vida, Madre santa y buena,  
y en esa santidad se ha conservado.

Fundadora de greyes agustinas  
pasa por esa esta vida cristalinas  
el alma y la bondad, Madre María.

Y yo tenga el orgullo sin frontera  
también orgullo de la Patria mía,

de haber visto una santa verdadera.

III

Y aquí está, silenciosa en su retiro  
definitivo, fúlgido e inmortal,  
cuando, exhalado el último suspiro  
más cerca al paraíso celestial.

Ya santa y pura en su candor la miro  
como dormida en sueño angelical  
los ángeles vigilan su retiro  
desde esta resistencia terrenal.

Vedla callada, silenciosa, ahora,  
Así se nos ausenta hacia la Aurora  
Donde Dios le reserva su morada.

Que no muere, es verdad... no la lloremos,  
Pero tampoco nunca la olvidemos  
Porque es santa de amor iluminada...!!!

*Canto del poeta Pedro Antonio Vásquez,  
Caracas 1975*

## **APORTE CONGREGACIONAL**

Información oral – escrita

Hermanas Agustinas Recoletas:

### **Madre María de San José**

Mercedes de San José

San Miguel Arcángel

Madre Águeda Lourdes Sánchez

Virginia María

María Carlota

María Eduvigis

María Estela

María de la Eucaristía

Rosa María

San Ignacio

Rosario Fuentes

Leonidas Lara

Apolonia Huérfano

María Dolores Mendoza

Delia Esteva

Rosa Contreras

San Gerardo

Gisela Díaz

San Tarcisio

Soledad Reverón

Regina Aponte

Mónica Kirchener

Zenobia Borges

Alecia Arenas

Paulina Teresa

María de Jesús Petit

Teófila Espínola

Irma Cecilia Olivo

Amada Barres

Lucila Cuberos

Teresa Silva

Sara Cárdenas

Flor de María Oviedo

Efigenia Giménez

Dilia Barrios M.

Margarita Maldonado

Fabiola Pérez  
Madre Ligia Díaz  
Madre Ana Graciela Morillo  
Yolanda Romero  
María Águeda Suárez  
Ana Elvira Landaeta  
Cecilia Cardona  
Ana Haydee Sulbarán  
Petra M. López  
Oliva Peralta  
Aurora Colmenares  
Esperanza Belisario.

## **APORTE EXTRA CONGREGACIONAL**

Información oral – escrita

Manola Rodríguez Pastrana  
Ignacia Herrera  
María Enriqueta Cuberos  
Celina Aranda  
Francisca Sojo  
Irma Daviot  
Carmen Matos  
Carmen Zabala  
Lucila Martínez  
Carmen E. de Suárez  
Lola Reyes  
Lola Flores  
Ana Teresa Colomber  
Delia Teresa Valenzuela  
Alida Sánchez  
Dr. Oscar Beaujón  
Fray Carmelo Lerga, agustino recoleto  
Pbro. Anselmo Cerró Udis  
Pbro. Juan Bautista García Acevedo  
Ing. Alfredo Gámez Betancourt  
Miguel Suárez

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN  
LOS TALLERES DE EDITORIAL MIRANDA  
EN LA CIUDAD DE VILLA DE CURA,  
ESTADO ARAGUA, VENEZUELA,  
EN EL MES DE MAYO DE 1999